

FUNCTIONS
BISTAGNE

1
pta

JANEY
GAYNOR

HARLES
FARRELL

ES-PRÉ-LE-BO-TO-MA

ES

P

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18051 - BARCELONA

Lucky stars

ESTRELLAS DICHOSAS

Exquisito asunto sentimental, dirigido por

FRANK BORZAGE

Producción "TITÁN" WILLIAM FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280 - BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:
IANET GAYNOR — CHARLES FARRELL

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ESTRELLAS DICHOSAS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Una luz turbia y cenicienta ponía en la atmósfera limpia del campo suaves e imprecisos matices. Como si sutiles e impalpables cenicales se fueran desgarrando, surgían aquí y allá alburas de nubes blancas y trozos de azul más intenso. Era el amanecer.

Aun era de noche cuando María saltó del lecho. La alquería estaba sumida en un pesado reposo. La noche había tendido sobre el campo no sólo la sombra del plenilunio sino una densa capa de nubes oscuras. No había sido para la naturaleza una noche apacible

y ahora, fatigada, había caído en un sueño intranquilo y profundo.

Pero para María no había noches buenas y noches malas. Todos los días eran para ella igualmente abrumadores.

Era la hermana mayor de la casa. Cuatro hermanitos dormían bajo aquel mismo techo y de ellos sólo el mayor, un muchacho de unos doce o trece años, podía ayudar a María en sus múltiples tareas.

Estos trabajos los compartía la joven con su madre, pues el padre faltaba en aquella casa. La viuda

de Tucker, que este era el apellido de la familia, había tenido que luchar denodadamente al perder a su marido para llevar el peso de la casa y del negocio; y este vivir abrumador y desesperado, le había agriado el carácter hasta el punto de que había perdido por completo la noción de la alegría y de la dulzura.

Como siempre, María había oído el grito de la madre cuando más dulce era su sueño. Saltó de la cama para encender la lámpara de aceite y se vistió en un santiamén. Estaba acostumbrada a aquellas agilitades de transformista.

En tanto su madre luchaba con los pequeños, lavando y vistiéndolos a unos y obligando a otros a hacerlo por sí mismos, y preparando después el desayuno, misero pero abundante, María se ocupó en echar de comer a los animales y en ordeñar a las vacas.

María era una muchachita de diez y seis años, menuda y graciosa como una flor. Más que por su belleza, cautivaba por algo angelical y purísimo que emanaba de ella como de un perfume.

Una inefable dulzura, una espe-

cie de resplandor celestial animaba su mirada y su sonrisa tenía un algo virginal y sobrehumano.

Sin embargo, la pequeña María no se comportaba como el lector habrá imaginado después de esta descripción. La libertad en que se había criado, pues su madre no pudo atender a su educación debidamente, había hecho de ella algo así como una flor selvática, como un rapazuelo travieso cuya bondad, aun con ser mucha, no hubiera tenido ocasión de manifestarse.

Su silla era el suelo de la montaña o los graneros de la alquería, asientos que utilizaba con mucha frecuencia, sin cuidarse después de sacudir las huellas que la dejaban en el vestido.

Aquella mañana uno de los agujeros que desde hacía algunos días ostentaban sus medias de lana, había adquirido dimensiones tan descomunales, que la rodilla asomaba enteramente por él.

Su revuelta cabellera no había tenido contacto con el peine desde hacía mucho tiempo, meses tal vez, por lo que sería aventurado exponer un juicio acerca del color de los cabellos. Lo cierto es que en-

tonces aparecían negros y tenían una brillantez grasosa.

Tampoco nos atreveremos a asegurar si su piel era blanca o morena. Sólo podemos decir que ahora tenía un color de ala de mosca capaz de despistar al más sutil observador.

Su pañuelo era la munga y, como si quisiera demostrarlo de modo que no cupiera lugar a dudas, se la pasó tres veces por la nariz cuando, después de ordeñar a la vaca, la condujo al establo para que repusiera las fuerzas.

Después procedió a colocar sobre un viejo carro, antigua propiedad de los Tucker, las jaulas de los patos y gallinas que aquel día había de llevar al mercado una vez repartida la leche, y entró en la casa para desayunar.

De pronto se detuvo una camioneta a la puerta de la alquería y un individuo se acercó al umbral para decir:

—Hagan el favor de mandarnos un poco de leche. Estamos en el camino arreglando los cables del teléfono.

—En seguida la llevará mi hija—repuso la señora de Tucker—. Ahora mismo va a salir para hacer el reparto.

El demandante era un hombre joven, de aventajada estatura y bien parecido. Hablaba con un tonillo jactancioso y la presunción se reflejaba en todos sus movimientos.

Se llevó la mano a la frente con displicencia en señal de saludo y volvió a la camioneta, la cual partió apenas hubo subido el mozo.

II

—Allí nos quedamos ayer—dijo uno de los mecánicos señalando a un poste que se divisaba a escasa distancia.

—Pero antes de ponernos a trabajar—dijo el mozo de arrogante figura, que sin duda era el capataz—hemos de avisar al que falta.

—Te referes a Tomás, Wrenn?

—Naturalmente—repuso el capataz.

La camioneta, que casi se había detenido, volvió a ponerse en marcha y llegó a una choza con honores de edificación que se levantaba a uno de los lados del camino.

Golpearon la puerta y llamaron a Tomás a gritos desaforados, y, cuando éste salió, siguieron adelante, deteniéndose junto al poste en que tenían que continuar la tarea interrumpida el día anterior.

El llamado Tomás era un muchacho que competía con Wrenn

en arrogancia. Pero sólo en eso se parecían. En lo demás eran completamente distintos. La jactancia de Wrenn, jactancia que se evidenciaba en todos sus gestos y en todos sus movimientos, era en Tomás naturalidad. Por otra parte había en Tomás un algo de bondad y de nobleza que Wrenn desconocía.

Cuando llegaron junto al poste donde habían de comenzar la faena lo primero que hizo Wrenn fué acomodarse en el suelo junto al camión y extrayendo del bolsillo un peine y un espejo que llevaba siempre consigo comenzó a arreglarse el cabello.

Wrenn no ignoraba que lo mejor de su vida dependía del cuidado de su arrogante persona. Hay quien no sabe más que tocar el piano, por ejemplo, y cuida de sus dedos y de su instrumento como de su misma vida, la cual, bien

mirado, depende de ellos. Hay quien es un gran malabarista y practica diariamente los ejercicios con amor y se dedica enteramente a ellos, porque en ellos está su pan de cada día. Así, Wrenn, que no tenía ninguna habilidad, ningún arte, ni ningún talento, cuidaba de su arrogancia y de su buena presencia porque esto era lo único que valía la pena en él y sólo en él podría hallar lo que el sabio halla en su cerebro, el pianista en su arte y el malabarista en sus manos.

Como capataz, Wrenn no tenía rival. Mandaba con una displicencia que muchos emperadores le hubieran envidiado.

Ahora mismo, después de escupir un tanto indelicadamente por un colmillo y dejándose a medio arreglar una onda, dijo a Tomás:

—Sube a ver si hay algo de particular en este poste.

Tomás se le quedó mirando.

—¿Por qué me haces subir siempre a mí, Wrenn?

Y hubiera añadido:

“¿Por qué no subes tú de vez en cuando?”

Pero comprendió que ello hubiera dado lugar a disputas enojo-

sas y se conformó con lo que había dicho.

Wrenn lo miró por encima del hombro, volvió a escupir por el colmillo y replicó con esta frase digna de Napoleón:

—Aquí mando yo, y el que manda, manda. Y tú has de obedecerme o puedes marcharte a tu casa.

Tomás consideró inapelable esta frase mientras Wrenn fuera su capataz y subió al poste.

Se puso los auriculares para comprobar si estaba bien la línea.

Entretanto había salido María de la granja con el carro cargado de aves de corral y con la leche que diariamente repartía antes de ir al mercado.

Se detuvo en el camino al ver parada la camioneta de los electricistas y se dirigió a ellos para entregarles la leche que le habían pedido. Una parte de ella se la quedó Wrenn entregando la otra a todos los demás y creído estaba de que todo había terminado cuando vió que la muchacha reclamaba el precio de la leche.

Cada cual fue entregando a la pequeña lechera los centavos que le

correspondían y finalmente se encarró María con el capataz.

Wrenn se llevó la mano al bolsillo, extrajo una moneda de níquel y la arrojó en dirección a la muchacha sin ni siquiera dignarse volver hacia ella la cabeza.

La moneda vino a caer a los pies de María, la cual tuvo una súbita inspiración. La cubrió de tierra con el pie y no retiró la mano.

Pasó así un momento, Wrenn abortó en su tocado y María inmóvil y con el brazo tendido.

Por fin volvió la cabeza el capataz y al ver aquella mano pedigüeña preguntó a María con tono despectivo:

—¿Qué quieres?

—Que me pagues.

—Ya te he pagado.

—Te equivocas. Me han pagado todos los demás; tú, no.

—Basta. Vete de aquí si no quieres que te diga de otra manera que te he pagado.

Pero María no daba su brazo a torcer y con tanto tesón defendía su negocio, que Tomás concluyó por gritar desde lo alto del poste:

—¿Por qué no le pagas a la niña lo que le debes? Si fuera un

hombre el encargado de cobrar, no te pondrías tan impertinente.

Wrenn estuvo contemplando a Tomás un momento con fijeza. Después se levantó y, sacudiéndose el polvo de las ropas, se dirigió hacia el poste cachazudamente.

—Ahora te demostraré quién es el que comete impertinencias.

Se puso los ganchos en los pies y subió sin apartar la vista de Tomás.

La boca del capataz se quebraba en un rictus que pretendía ser una sonrisa y era una amenaza. Tomás le esperaba tranquilamente, con su habitual parsimonia.

Antes, cuando le ordenara con malos modos subir al poste, subió sin rechistar. Ahora, al creer que abusaba de la debilidad de una niña, de buen grado se lo jugaba todo por defenderla.

Este rasgo es suficiente para demostrar el caudal de bondad que había en el corazón de aquel joven rústico.

Subió el capataz. Tomás esperó asido al poste. Lo primero que se cruzó entre ellos fué un puñetazo lanzado por Wrenn y que Tomás recibió en pleno rostro. En aquel

ring no se podían parar ni esquivar los golpes. El que recibía tenía que emplear las dos manos en aferrarse al poste para no caer. El que pegaba podía aventurarse a estar cogido sólo con una mano, pero el momento preciso para dar el golpe. Después había de cogerse con las dos para recobrar el equilibrio.

Recibido el puñetazo, Tomás replicó con otro, que Wrenn encajó con dificultad. Después le tocó a Tomás recibir, y en seguida otra vez a Wrenn.

Fué un cambio de golpes de cuya emoción y fuerza trágica no hay precedente en la crónica del boxeo. Cuando uno de los dos contendientes fuera tocado con precisión caería, pero no al tapiz, sino desde lo alto del poste. Se mataría irremisiblemente.

Por el alma de María pasó una sombra de remordimiento al ver el drama que por su causa se había suscitado. Pero este sentimiento fué fugaz y confuso. ¿Qué sabía su alma del bien y del mal! Lo que sí la asaltó y se posesionó de su corazón de niña fué un terror indescriptible al advertir que uno de aquellos dos hombres acabaría por

perder la resistencia, lo que representaba una muerte segura.

De pronto, Tomás levantó el brazo.

—¡Quieto!

Y, al mismo tiempo, prestaba atención apretándose con una mano uno de los auriculares.

Wrenn quedó con el brazo en alto. Hubo una tregua durante la cual el capataz y los espectadores del match estuvieron atentos a las emociones que se reflejaban en los ojos de Tomás.

Por fin, dejó éste de prestar atención y lanzó una noticia sensacional.

—¡Se ha declarado la guerra!

Entre aquella media docena de hombres jóvenes y fuertes hubo un movimiento de fervor patriótico.

Sin consultarse unos a otros todos se dispusieron a poner su fuerza, su juventud y su valor al servicio de Norteamérica.

Wrenn descendió rápidamente del poste. Su semblante reflejaba una alegría no muy propia del intenso y dramático momento.

—Desde que existió la posibilidad de una declaración de guerra

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tenía tomada esta determinación
—dijo—. Voy a sentar plaza inmediatamente. Las francesitas son mi debilidad.

—Yo voy contigo—dijo uno.

Y los demás revelaron también su deseo de acompañar a Wrenn, no por las francesitas, sino por un ideal más elevado.

—¿Y tú, Tomás? ¿Qué haces?

—En las oficinas de reclutamiento nos encontraremos. Es preciso arreglar antes estos alambres. Ahora han de funcionar mejor que nunca.

Y se absorbió de nuevo en la tarea de reparar la avería que había descubierto al subir al poste.

III

María estaba estupefacta. No comprendía bien aquellos cambios repentinos y menos aún por un motivo como aquél.

El hecho de que se había declarado la guerra era suficiente para que los hombres que habían entablado una lucha a muerte olvidaran sus rencores y para que todos sus compañeros abandonaran el trabajo. Y todo eso ¿para qué? Para ir a la guerra donde lo más probable era que hallaran la muerte. ¡Cosa más incomprensible!

Miraba alejarse el camión y miraba a aquel hombre que continuaba en el poste, reparando una avería porque "ahora los alambres tenían que funcionar mejor que nunca".

De pronto, todas estas ideas confusas se desvanecieron de su pensamiento y volvió a la realidad de su vida cotidiana. Allí estaba el carro con la leche que había de

repartir y con los animales que tenía que llevar al mercado.

Sin embargo, no se dirigió al carro como procedía, para continuar su interrumpida tarea, sino que antes fué dispersando la tierra junto a las huellas del camión hasta descubrir la moneda que Wrenn le había arrojado con uno de sus frecuentes gestos olímpicos.

Tomás, que ya no había vuelto a pensar en la muchacha, volvió a fijar su atención en ella al ver que removía la tierra con el pie.

Ya se disponía a hajar porque la avería estaba reparada y se detuvo para espiar los movimientos de María.

Al ver que el final de la rebusca fué el hallazgo de una moneda—sin duda la que reclamaba a Wrenn—bajo del poste rápidamente y cogió a la muchacha de un brazo.

—¡Muy bonito!

María se sobresaltó y su primer pensamiento fué guardarse la moneda para que Tomás no se la quitara.

—¿Por qué decías que no te había pagado siendo mentira?

—Yo no le he arrojado la leche sino que se la he dado en la mano. ¿Por qué no ha hecho él lo mismo? El ha tirado la moneda al suelo.

—Eso no te da derecho a querer cobrar dos veces y a comprometer a un hombre como me has comprometido a mí.

Y al mismo tiempo que profería estas palabras en tono de reprensión, zarandeaba a María de un brazo.

Si hubiera visto la maldad reflejada en los ojos de la niña, acaso no habría pasado de ahí. Una muchacha que parece un ángel y que resulta ser un diablillo es un caso muy frecuente en la vida. Pero en la mirada de aquella muchacha había algo que revelaba un caudal oculto de bondad. Estaba seguro de que la pequeña María había obrado así por inconsciencia, porque no creía que su acto tuviera gravedad ninguna.

Y esto es lo que perdió a la rapazuela. Tomás la cogió como una pluma, la depositó en sus rodillas y le dió una buena tanda de azotes.

—Esto te servirá de escarmiento—decía al mismo tiempo que su mano aplicaba el ruidoso castigo. —Esto te servirá para acordarte de que no debes volver a intentar cobrar una cosa dos veces.

La intención de Tomás era muy plausible, pero María no lo juzgó así. Los azotes la escocían y pataleaba furiosamente, pero en vano, pues los brazos de Tomás la sujetaban como si fueran de hierro. Cuando los azotes habían pasado de la docena y el dolor de lo soportable, María tuvo uno de esos relámpagos de lucidez que nos asisten en los trances de vida o muerte. El muslo de Tomás estaba a dos dedos de sus labios. Sólo tuvo que abrir la boca, inclinar un poco la cabeza y volverla a cerrar. Los blancos dientecillos se clavaron en la carne de Tomás y éste soltó a María dando un grito de dolor.

Era lo que perseguía la muchacha. Al verse libre de aquellos brazos, de aquellas tenazas de acero,

echó a correr y sólo se detuvo cuando se halló a cuarenta o cincuenta pasos de Tomás.

Allí se volvió, en tanto se pasaba la mano por la parte dolorida.

Tomás hacía lo mismo: se frotaba la pierna en la que la rapazuela había hecho presa con sus agudos dientecillos.

—¡Además de ladronzuela, canibal! ¡Ya te arreglaré cuando te encuentre en el pueblo!

Puso el mecánico las herramientas en el cesto y echó a andar hacia su casa seguido por la mirada recelosa de María, la cual sintió, sin embargo, que su desconfianza hacia aquel hombre disminuía por momentos.

Al recordar que la había defendido y, más aún, al ver aquel rostro tan apacible y que tanta generosidad emanaba—a pesar de que la generosidad era algo muy confuso para aquella almita desatada y casi infantil—no pudo menos de decirse que debió apretar menos al darle el bocado.

Le vió desaparecer por una vuelta del camino, alto y arrogante,

con su paso natural y seguro, al aire el rizado cabello y haciendo ostentación de otra porción de encantos que la muchacha no podía precisar.

Subió al carro y el viejo caballo tiró de él cansinamente.

Dejó la leche en dos casas de la montaña y al llegar a la de Tomás, vió que éste salía en aquel momento con un lio de ropa en la mano.

Sin embargo, no sintió miedo.

Cada vez le inspiraba más confianza aquel hombre. Incluso detuvo el carro para preguntarle:

—¿Adónde vas?

—A Francia—repuso Tomás sin apenas volverse para mirarla.

—¿Quieres subir?

—No, gracias. Felizmente, tengo dos buenas piernas.

La respuesta había sido seca, casi hostil y produjo un cambio instantáneo en la actitud de María, la cual hizo a Tomás una mueca de burla y fustigó al caballo.

Cada cual se fué en una dirección distinta.

IV

El pueblo estaba desolado. Todos los hombres jóvenes se habían marchado a la guerra. ¡La guerra! ¡Qué triste debía de ser aquello! María sólo sabía de ella que los hombres se mataban unos a otros como si en vez de hombres fueran fieras.

La guerra debía de ser algo verdaderamente espantoso, porque toda la gente hablaba de sus horrores y los periódicos estaban llenos de trágicas noticias del frente.

Un día aparecieron por las esquinas grandes carteles en los que se leía:

Las mujeres patriotas deben recordar a los muchachos que están en Francia luchando. Deben enviarles ropa, dulces y tabaco. Deben desvelarse por ellos. No olviden que de ellas depende la felicidad de los muchachos que pelean en Francia por la patria. Sobre to-

do, deben escribirles con frecuencia.

Una de las mañanas que María bajó al mercado leyó estos carteles y quedó profundamente pensativa. La incitación a cuidar de unos pobres soldados expuestos a todos los peligros y a todos los sufrimientos, despertó en ella algo así como un instinto maternal.

Toda la mañana estuvo pensando en las nuevas obligaciones que el destino le imponía. Pero ella no podía enviar ropa, ni dulces, ni tabaco, ni nada que valiera dinero. Lo poco que ganaba en el mercado hacía falta en casa. Todo lo que ella podía hacer era escribir, y tampoco con mucha frecuencia, porque los sellos se pagaban también.

Aquella misma tarde, resolvió ayudar a los muchachos norteamericanos que luchaban en Francia,

enviándoles dos cartas, que era todo lo que en aquel momento les podía mandar.

¿Pero a quién las enviaría? Pensando, pensando, llegó a la conclusión de que los dos únicos conocidos suyos que estaban en la guerra, eran aquellos dos jóvenes que una mañana lucharon por ella en lo alto de un poste del teléfono.

Pero se le ofreció una gran dificultad. Ni estaba segura de sus nombres, ni sabía adónde había de dirigirles la carta. Para solucionar este conflicto, fué a la compañía de teléfonos y allí le dieron los datos que necesitaba.

Aquella misma tarde salían dos cartas de María en dirección al remoto frente francés.

* * *

A la puerta de una granja convertida en cuartel, estaba sentado Wrenn tranquilamente, pensando en su último *flirt*, cuando el cartero le entregó dos cartas, una para él y otra para Tomás.

Abrió la suya y una sonrisa jactanciosa se dibujó en sus labios cuando leyó:

Querido señor Wrenn: Deseo que no le hayan matado todavía. Si se pone triste escribame y le haré unos calcetines. Afectuosamente

María Tucker

Sin dejar de sonreír, dobló la carta y se la guardó. Que hubiera una víctima más ¿qué importaba al mundo?...

En esto apareció Tomás y Wrenn le llamó:

—Aquí tienes una carta.

Tomás la tomó muy extrañado y, al leerla, sonrió también, pero con una sonrisa muy distinta a la que había animado el semblante de su compañero.

—¿Quién te escribe?—le preguntó Wrenn.

—¿Te acuerdas de aquella muchacha por la que reñimos en lo alto de un poste?

—¡Vaya si me acuerdo!

—Pues esa.

—¿Y qué te dice?

Tomás tuvo un gesto de reserva. Parecía algo así como si quisiera guardar un importante e íntimo secreto.

—Son cosas que no se pueden decir. Cosas que han de quedar

entre ella y yo y que a nadie más pueden interesar.

—¿Conque sí, eh?...

Y añadió después de sonreír burlescamente:

—También yo he recibido una carta.

—¿De quién?

—Toma y lee.

Al leer la carta de Wrenn, Tomás abrió los ojos desmesuradamente. Su asombro no tenía límites. En su vida había visto cosa igual.

—¡Es también de María Tucker!... ¡Y te dice exactamente lo mismo que me dice a mí!

Incrédulamente, Wrenn arrebató la carta dirigida a Tomás y leyó:

Querido Tomás: Deseo que no le hayan matado todavía. Si se pone triste escribame y le haré unos calcetines. Afectuosamente

María Tucker

—¡Esta chica está loca!—exclamó Wrenn.

—¡Pobre muchacha! No le han enseñado más—comentó Tomás bondadosamente.

* * *

Wrenn había hecho en el frente una rápida carrera. El hecho de haber sido capataz de una patrulla de mecánicos electricistas le sirvió para que le entregaran el mando de un pelotón haciéndolo sargento.

Tomás, en cambio, más efectivo y menos fantoche, había pasado inadvertido a los ojos de sus superiores a pesar de su valor y era un simple soldado.

Sin embargo, Tomás seguía siendo superior en todo a Wrenn, en todo, menos en el arte de mandar.

Como Don Juan, hacía Wrenn constantes progresos en aquellos pueblos franceses. No había moza de alquería ni obrera de fábrica, ni enfermera de hospital que se le resistiera. Aquella misma noche estaba citado con un *bibelo* del pueblo cercano y la cita había partido del corazón de la joven a pesar de que sólo la conocía de haber hablado con ella durante media hora. Era una muchacha magnífica; un verdadero bombón. De otro modo no se habría comprometido el sargento. Era imposible

atenderlas a todas, a menos que hubiera tenido cien corazonces.

Desde el atardecer dejó de preocuparse del ejército y de la guerra para hacer los infinitos preparativos que requería su cita con la muñeca parisienne, tales como lavarse las manos y la cara, lustrarse los zapatos y dar brillo a los botones del uniforme, echarse aceite en el cabello a falta de brillantina y limpiarse los dientes con la ceniza de un cigarro puro.

Se acercaba el momento emocionante de la cita... es decir, emocionante para ella, porque él ya estaba acostumbrado.

* * *

—La cena ya está hecha y esos muchachos sin volver—dijo el cocinero a Tomás.

—Me temo que esta noche se habrán de quedar sin cena, a menos que se la llevemos.

Tenía razón Tomás. Cuando se creía que con un par de compañías había bastante para distraer al enemigo hasta la llegada de la noche y que entonces se suspendería el tiroteo hasta la mañana siguién-

te, como venía sucediendo desde días atrás, los aliados recibieron la sorpresa de un nutrido bombardeo al atardecer, el cual se fué intensificando de acuerdo con la obscuridad del crepúsculo.

Ahora era ya de noche y el bombardeo había adquirido una trágica intensidad. Sobre la negra llanura del campo, estallaban las granadas como gigantescas flores de fuego que se abrían fantásticamente. El estampido de los cañones resonaba cada vez más cerca, de donde se deducía que el enemigo se acercaba por momentos a las trincheras donde estaban refugiados los soldados de la avanzada.

En vez de regresar las dos compañías, hubo que reforzarlas con otras dos y como todo se había hecho precipitadamente, aquellos desdichados no tenían comida ni agua.

Haciendo estos comentarios estaban Tomás y el cocinero, cuando se presentó Wrenn tan compuesto y marchoso como si penetrara en una sala de baile en vez de entrar en la cocina de una granja convertida en cuartel.

—Estaba diciendo a Tomás, sargento, que los de las trincheras

no podrán venir a cenar esta noche.

—Es la guerra. ¿Quién sabe si mañana nos tocará a nosotros quedarnos sin probar bocado? Yo, por si acaso, me atracaré esta noche.

—Creo que debías ver la forma de llevar la cena a nuestros compañeros—dijo Tomás.

—No fantasees. Para eso habría que buscar un suicida.

—Si me dejas el camión, yo la llevaré.

—Y yo le acompañaré—declaró el cocinero.

—No os hagáis ilusiones. El camión lo necesito yo esta noche. Por otra parte, esas determinaciones no me corresponde tomarlas a mí y menos aún a vosotros. Eso ha de venir de orden superior.

—Yo creo que si lo propusiéramos al capitán...

—¿Qué ganas de complicarte la vida tienes, Tomás? ¿Es que no estás contento en este mundo? Deja en paz al capitán y no te sientas Carlomagno.

Dicho esto, se tiró de los puños de la guerrera, giró sobre sus talones y salió de la cocina en busca

del compañero que había de ir con él a su cita de aquella noche.

Y lo encontró, pero apenas había tenido tiempo de cruzar dos palabras con él cuando oyó la voz del capitán a su lado.

—Lleve la cena a la compañía inmediatamente. Hágalo usted mismo, porque la misión es delicada.

El sargento hizo un magnífico saludo y prometió cumplir en el acto la orden, pero apenas había vuelto el capitán la espalda, tuvo un gesto de desesperación.

—¡Maldita sea mi suerte! Ya nos ha aguantado la fiesta este hotel.

Pero una súbita ocurrencia le hizo cambiar nuevamente de expresión.

—¡Estamos salvados! Tengo quien me substituya.

Y echó a correr hacia la cocina y dijo a Tomás:

—Ya que quieres llevar la comida a los muchachos, puedes hacerlo. Acabo de consultar al capitán sólo para darte gusto.

—En seguida vamos allá. ¿Dónde está el camión?

—No, el camión no puedes uti-

lizarlo. Con el carro del agua tienes bastante.

—Creo que para atravesar la zona del fuego es mejor un camión blindado que el carro del agua—aventuró Tomás.

—Pero resulta que el camión lo necesito yo esta noche y, si quieres que nuestros compañeros no se queden sin cenar, habrás de conformarte con el carro.

—Aunque fuera a pie iría—replicó firmemente Tomás.

—Pues que sea enhorabuena y que Dios te ayude.

Y Wrenn fué a reunirse con su compañero y de allí a tomar el camión, en el cual se dirigieron al pueblo donde dos corazones femeninos les esperaban palpitantes de pasión.

Durante el camino, Wrenn dió un importante consejo a su camarada.

—Si quieres tener éxito, dile que te vas a casar con ella. El prometer no cuesta nada. Cuando se termine la guerra, si estamos vivos todavía, regresaremos a América, y entre nosotros y nuestros compromisos quedará el inmenso Océano.

Y al decir esto, Wrenn sujetaba el volante con una mano y accionaba expresivamente con la otra, en tanto aprisionaba con los labios un pitillo.

Dispusieron la cena el cocinero y Tomás sobre el carro del agua y en él se aventuraron a través de la nutrida lluvia de fuego. Tuviron la suerte de esquivar cinco, diez, veinte granadas, pero al fin cayó una tan cerca del carro, que cuando la humareda producida por el estallido se desvaneció, el vehículo era un informe montón de astillas.

Asomó entre ellas una mano crispada y después una cabeza.

Era Tomás, el cual habiéndose librado por milagro de la muerte, sólo se preocupó en aquel terrible momento de saber qué había ocurrido al que le acompañaba.

Trató de levantarse, pero no pudo. Las piernas le pesaban horriblemente y había perdido en absoluto el dominio de ellas. Pero las manos respondían a su voluntad y de ellas se valió para llegar

arrastrándose hasta el cuerpo exánime del cocinero, el cual yacía a pocos pasos del montón de astillas.

Le llamó y al no obtener respuesta le cogió el rostro con ambas manos y esperó el estallido de una granada que le permitiera ver lo que ahora le vedaba la obscuridad.

No se hizo esperar la terrible palmera de fuego y al ver lo es-

pantosamente mutilada que estaba la cabeza del compañero, no necesitó buscarle el corazón ni el pulso para saber que había dejado de existir.

Quiso seguir arrastrándose para volver a la granja, pero sólo había recorrido unos cuantos metros cuando una negra y pesada nube cayó sobre sus ojos y sobre su mente y perdió la noción de las cosas.

V

El recadero del pueblo llamó en aquella casita que había estado tanto tiempo cerrada, y su asombro fué muy grande al ver, no sólo que le abrían, sino que el que lo hizo fué Tomás.

Estaba el joven sentado en un cochecito de inválidos el cual manejaba con extraordinaria facilidad, a juzgar por la rapidez que le había abierto la puerta.

Tomás era el mismo. Las penalidades sufridas no le habían envejecido ni le habían hecho enflaquecer. Sólo se diferenciaba del Tomás de otro tiempo en que el de antes era un muchachote alto y fornido fuerte y dueño de todos sus miembros, en tanto el de ahora no podía hacer más de lo que le permitía el cochecillo de dos ruedas.

Las piernas pendían inmóviles, sin vida. Era como si la mitad inferior de Tomás hubiera desapa-

recido. El recadero se impresionó mucho, pero se esforzó por dibujar una sonrisa.

—Traigo una caja para ti, pero no podía figurarme que habías regresado ya.

—Sí, amigo José. Regresé ayer, y te aseguro que ardía en deseos de encontrarme otra vez en casa.

—Has estado mucho tiempo ausente, ¿verdad?

—Dos años. Uno lo pasé en Francia y otro en el hospital de la ciudad.

—¿Y a qué vas a dedicarte ahora?—preguntó José mirando los pies sin vida de Tomás, pero sin querer hacer alusión a ellos.

Tomás señaló hacia el otro lado de la estancia, donde había una mesa llena de herramientas y aparatos.

—Mi oficio ha sido siempre el de mecánico y seguiré practicándolo, con una sola diferencia. An-

tes iba yo a buscar el trabajo; ahora habrán de traérmelo a casa. Esto es sin duda un inconveniente, pero con la ayuda de Dios espero salir adelante.

Dicho esto, Tomás hizo retroceder el cochecillo, manejando sus ruedas hábilmente, y suplicó:

—Entrame esa caja, José. Me hace mucha falta lo que viene dentro de ella.

El recadero obedeció y Tomás procedió en el acto a abrir la caja y a vaciarla.

Del fondo de ella comenzaron a surgir hierros viejos, herramientas rotas y otros despojos.

—¿Para qué quieres eso, Tomás?—preguntó José con una sonrisa—. Eso sólo sirve para las calderas. Son cosas inútiles.

Tomás le miró tristemente.

—Efectivamente, José, esto son cosas rotas y viejas, pero yo voy a hacerlas nuevas y útiles. Las cosas destrozadas, los objetos inservibles por viejos y gastados, me parecieron siempre tan despreciables, como ahora te lo parecen a ti. Pero me destrozaron a mí también, y donde entonces el desprecio se ha trocado en respeto y

tengo la preocupación, la obsesión de que todo puede componerse. Y debo advertirte que la mayor parte de las veces salgo triunfante de mi empeño.

José se encogió de hombros. No comprendía aquellas filosofías, y calló por respeto a Tomás.

—Bueno, me voy—dijo, tendiéndole la mano.

Pero Tomás, en vez de estrechársela, repuso:

—Quédate un rato conmigo. ¡Me siento tan solo!

—No puede ser, Tomás. Con mucho gusto me quedaría, pero la obligación me llama. Precisamente hoy tengo más trabajo que nunca.

—Siendo así...

Y Tomás estrechó la mano del amigo y le acompañó hasta la puerta.

* * *

María se extrañó mucho al ver que la casa de Tomás había dado señales de vida.

Los postigos de las ventanas estaban abiertos. ¿Habría regresado Tomás? Su primer pensamiento

fué acercarse a la casa y preguntarlo, pero un repentino recelo la detuvo.

Recordaba perfectamente que un día la mano del hércules la azotó dejando su cuerpo dolorido durante varios días. Aquello había sucedido antes de la guerra, hacia más de dos años. ¿Quién le aseguraba a ella que ahora Tomás no la recibiría del mismo modo? Cuando no estaba enfadado, Tomás parecía un hombre apacible. Pero cuando se enfadaba, era cosa de echarse a temblar. Y si no, que se lo preguntaran a la parte de su cuerpo que había recibido los azotes.

¿Quién le aseguraba a ella que Tomás no estaba en aquel momento enfadado?

En seguida descubrió la forma de realizar su investigación sin exponerse. Para ella las piedras equivalían a un lenguaje. A pedradas llamaba a las vacas cuando las llevaba a pacer, a pedradas les indicaba el camino que debían seguir y a pedradas manifestaba su protesta cuando alguien cometía contra ella un acto injusto.

Además, tenía una extraordina-

ria habilidad en el uso de este lenguaje. Donde ponía el ojo, ponía la piedra. Decididamente, no había otro medio mejor para averiguar si estaba Tomás dentro de la casa.

Cogió una piedra, apuntó e hizo el disparo.

Con seguridad maravillosa, la piedra se introdujo por la ventana de la casita, destrozando a su paso los cristales.

Tomás, que estaba en aquel momento sentado en su mesa de trabajo, se sobresaltó y hubo de echar a un lado la cabeza, para esquivar el proyectil.

Inmediatamente se asomó a la ventana para descubrir al autor del desafuero y su rostro resplandeció en infinita alegría al ver a María en lo alto de una promi-gencia.

Esto le demostraba que era ella la autora del delito, pero no le importó. Ya no pensaba en la pedrada, sino en aquella chiquilla traviesa pero deliciosa por la que un día estuvo a punto de matarse.

La llamó con el brazo y procuró demostrarle con sus gestos que

no le guardaba rencor por la pedrada.

Después de pensarlo mucho, María se dirigió hacia la casita, pero no sin antes aprovisionarse de una piedra de buen tamaño que ocultó llevándose la mano a la espalda. Con la otra sostenía un pequeño cesto.

Tomás fué a abrir la puerta y desde allí siguió invitándola a acercarse y demostrándole con sus gestos que no debía temerle.

María comenzó a comprender que había obrado demasiado a la ligera y arrojó la piedra que llevaba en la mano acercándose resueltamente al umbral de la casita.

—Entra, mujer. No te quedes ahí. ¿Acaso no somos amigos?

Pero María, que estaba apoyada en la jamba de la puerta, sólo tenía sentidos para examinar el cochecillo de grandes y engomadas ruedas que servía de asiento a Tomás.

Y he aquí que de pronto las manos de Tomás se asieron a las ruedas y el cochecillo se deslizó raudamente hasta la habitación inmediata, donde el inválido cogió una banqueta, la depositó sobre sus ro-

dillas y, volviendo a hacer girar las ruedas con las manos, regresó al lado de la muchacha para depositar junto a ella el taburete e invitarla a que se sentara.

Tomás había hecho esto con rapidez y jovialidad. Pretendía, no sólo ofrecer asiento a su pequeña amiga, sino demostrarle que su inutilidad no era completa, que conservaba el brío y la ligereza de su juventud y que no había motivo para entristecerse al ver que sus piernas pendían sin vida, tristeza que Tomás había leído en los ojos de la joven cuando con tanta atención contemplara el cochecillo y sus pies inmóviles.

Y había logrado su propósito. Aquella demostración de habilidad, aquella espectacular ligereza con que fué y vino, habían hecho que el pesar de María se convirtiera en admiración.

—¡Qué bonito!... ¿Qué haces para dar las vueltas?

—Mira. Es muy fácil.

Y dió varias vueltas seguidas con gran rapidez.

Una extraña risa se escapó de los labios de María. Era una risa rota, intermitente. Y era el caso

que no sabía por qué no podía reír alegre y francamente.

Las piernas de Tomás, no sólo estaban inmóviles, sino que se torcían hacia dentro de modo que las puntas de los pies casi se tocaban y los tacones estaban separados. Pero tampoco esta posición era voluntaria y normal. Uno de los pies estaba más vuelto que el otro. Era como si alguien los hubiera arrojado allí y hubieran quedado como quedaron sin que Tomás pudiera rectificar la desgraciada posición. Además, dos botas viejas y sin cordones, contribuían a darles un aspecto siniestro.

María se daba cuenta de que la imposibilidad de reír alegre y abiertamente dependía de aquellas piernas y, sobre todo, de aquellos pies, cuyas botas aumentaban su aspecto de cosa vieja e inútil, pero no sabía más.

Se sentó en la banqueta y no supo qué alegres palabras le dirigió Tomás. Aunque rió al mismo tiempo que él reía y ya no miraba hacia abajo su atención continuaba pendiente de las botas viejas y sin cordones.

—¿Qué tienes en las piernas?— se aventuró al fin a preguntar.

—Nada—repuso Tomás evasivamente.

—¿Por qué no las mueves?

—Porque me las reservo.

Había acertado a pronunciar estas palabras en un ligero tono de broma.

—¿Para cuándo las reservas?

—Para las grandes solemnidades.

María estaba cada vez más confusa. No comprendía el tono ligero de Tomás y menos aun aquellas palabras misteriosas para ella, que acababa de pronunciar... "Grandes solemnidades"... ¿Qué quería decir solemnidades?...

—¿Qué son solemnidades, Tomás?

Tomás se vió en el trance de explicar a María qué era una solemnidad de modo que su rudimentaria inteligencia lo comprendiese.

—Pues una solemnidad es... ¿Tú has visto alguna boda?

—Sí. El mercado está cerca de la iglesia y he visto algunas veces pasar una mujer vestida de blanco acompañada de un hombre ves-

tido de negro y mucha gente detrás.

—Y habrás visto también que todos van vestidos con sus mejores galas y que la gente se detenía a verlos pasar y que regalaban flores y vitoreaban a los novios...

—Sí, sí...

—Pues eso es una solemnidad. María quedó pensativa.

—¿Entonces tú—dijo al fin—guardas las piernas para cuando to cases?

Tomás se echó a reír.

—Vamos a suponer que sea esa la primera solemnidad que se ofrezca a mi vida.

Después de cruzar estas palabras, se dieron cuenta de que no tenían nada más que decirse. Tu vieron que conformarse con mirarse y reír de vez en cuando para disimular la violencia de la explicación.

De pronto, María, que no desperdiciaba ocasión de hacer negocio, preguntó al inválido mostrándole el pequeño cesto que llevaba y que, al sentarse, había depositado en su regazo:

—¿Me compras estas moras?

—Te las compraré si me las das

a buen precio—repuso Tomás poniéndose en plan de hombre de negocios, pues en ello veía una distracción y el modo de prolongar la estancia de María a su lado.

—Te las vendo por treinta centavos.

Tomás examinó detenidamente el contenido del cesto.

—Me parecen un poco caras. ¿Es ese el precio a que las vendes en el mercado?

María vaciló un momento. Su espíritu mercantil la movía a no decir la verdad para no echar a rodar el negocio, pero una segunda y misteriosa fuerza la impulsó a decir:

—No. En el mercado las vendo a veinte centavos. Pero eso es para los que pueden ir al puesto. Cuando hay que llevarlas a casa el precio es otro.

“Para los que *pueden* ir al mercado.”

Estas palabras tuvieron una resonancia dolorosa en el alma de Tomás. Pero al ver que María, inconsciente del mal que acababa de hacerle, continuaba sonriendo con su infantil sonrisa, desechó el nefasto pensamiento y repuso:

—Muy bien. Así me gusta. Las niñas deben decir siempre la verdad. Te pagaré treinta centavos por las moras, aunque no valen más que veinte y ten bien en cuenta que los diez centavos de diferencia te los doy por haber dicho la verdad.

Y en el acto se realizó el negocio, con gran contento de María, que cada vez descubría nuevos encantos a su amistad con aquel hombre, tan generoso, tan agradable, tan distinto a la generalidad de sus paisanos.

VI

Al ir a dejar el cesto en el banco de la cocina, que por cierto estaba al lado mismo de la mesa de trabajo, y coger los treinta centavos para dárselos a María, ésta le siguió.

—¿Para qué sirven estos aparatos, Tomás?

Y María examinaba con curiosidad la diversidad de herramientas que había sobre la mesa de trabajo.

—Para muchas cosas—repuso el mecánico acercándose a la mesa—. Unos son para fundir, otros para limar, otros para pulir...

Y comenzó a hacer demostraciones con uno de los muchos trozos de hierro viejo que había sobre la mesa.

María estaba asombrada y asustada. Uno de los aparatos vomitaba un chorro de fuego que hacía el hierro tan blando como de goma, otro sacaba de él virutas co-

mo si en vez de hierro fuera madera. Realmente, eran aquellos mecanismos infernales con los que se podría producir la muerte instantánea.

—Todo es muy bonito, Tomás—declasó María para que terminaran las experiencias cuanto antes.

Después se acercó a la mesa y examinó algunas piezas agujereadas e inútiles, rotas y viejas. Era como si Tomás hubiera ido a un solar a aprovisionarse de materiales.

—¿Para qué quieres tanto trasto inútil, Tomás?

Otra vez hubo de esforzarse el joven por no entristecerse.

—En la villa no hay nada inútil, María.

—Pues todo eso lo parece. Son cosas viejas.

—Viejas sí, pero no inútiles. Cualquier cosa desechada puede

componerse para que desempeñe cierto servicio, regularmente inferior al que anteriormente había desempeñado, pero a veces igual o superior. A veces, hago de una cosa vieja una nueva y más útil que lo era antes. Todas las cosas viejas tienen algo aprovechable, por donde se las puede atacar para convertirlas en objetos útiles y nuevos. Ahora bien, hay que saber ver estas cosas. Hay que estudiar detenidamente los objetos en vez de arrojarlos con un gesto despreciativo, hay que aprender a amarlos todo, a buscarle a todo el punto amable en vez de limitarse a mirar los desperfectos.

María le escuchaba cautivada. Tal fuerza de convicción tenían aquellas palabras suaves y dulces, que al volver los ojos a la mesa de trabajo ya no halló en ella cosas despreciables, ya no se atrevió a mirarlas con desdén ni a llamarlas trastos viejos.

De pronto sonó un ruido que María había percibido muchas veces en la cocina de su casa y ambos se volvieron hacia el hornillo donde una olla acababa de doblarse, dando lugar a que su contenido

se desbordara por un lado y promoviera una gran humareda al caer sobre el carbón encendido.

Al punto acudió Tomás a poner remedio al mal, pero el cochecillo no le permitía acercarse al banco lo suficiente para manejar la olla y por dos veces trató en vano de volverla a su natural posición.

María acudió en su auxilio e hizo fácilmente lo que Tomás no podía hacer.

—Gracias. Para ciertas cosas sirven más las manos de la mujer que las del hombre.

Pero María, en vez de contestar, tendía hacia él las manos en un gesto significativo.

Tomás vió que se las había tiznado y mojado en su rápida operación culinaria y comprendió su demanda muda.

—Si lo que buscas es un paño, aquí lo tienes.

Descolgó un paño que estaba colgado de un clavo al lado de la cocina y se lo ofreció primero, concluyendo por secárselas él mismo.

Pero, una vez secas, no las sol-

tó, sino que se quedó mirándolas detenidamente.

—Para andar en la cocina es conveniente llevar siempre las manos muy limpias. Así puede saber uno cuándo se las ha tizado. ¿Por qué no te las lavas?

—Me las he lavado esta mañana. Me las lavo todos los días al levantarme.

—Te advierto que si te las lavas más de una vez al día no pasa nada. El jabón, cuando es bueno, no perjudica a la piel. Este que yo tengo es excelente. Pruébalo.

Y la condujo al lavabo para que no tuviera más remedio que obedecer. Si la dejaba pensar no llevaría a buen término su heroísmo.

Después de bien lavadas y secas, las manos de María parecían otras.

—¡Qué blanca eres!—exclamó Tomás—. Yo creía que eras morena. Tienes unas manos muy bonitas.

La muchacha rió complacida, pero el esfuerzo produjo en su nariz un ruido extraño, que María solventó pasándose la manga por la boca con extraordinaria habi-

lidad. Se veía que estaba práctica en ello.

—¿Qué haceas, María? ¡Pobre manga! Así no tendrás nunca nuevos los vestidos.

—Necesitaba limpiarme —repuso ella con naturalidad.

—Hay muchos modos de limpiarse la nariz.

—¿Cuáles son?

—Espera.

Y Tomás se dirigió rápidamente al cuarto del que había sacado la hanqueta y después de abrir un cajón y de desgarrar un trozo de tela volvió con ella al lado de la muchacha.

Era un pedazo de tela blanca del tamaño de un pañuelo. Sólo le faltaba el dobladillo para que fuera un pañuelo perfecto, pero nada más.

María esperó llena de curiosidad. ¿Qué tendría que ver aquel trozo de tela blanca con sus narices?

Y su perplejidad fué mayor aun cuando vió que Tomás se lo prendía por una punta en el pecho, con un alfiler, y después le demostraba el modo de utilizarlo sonándola él.

—¿Ves? Es muy fácil. No tienes

más que llevarte la tela a la nariz y apretar varias veces. Así podrás tener siempre limpias las mangas y las narices.

Y añadió después:

—Esto es un trozo de tela vieja. ¿Ves como todo tiene una utilidad en la vida?

—Es verdad, es verdad...

—Pues todavía te voy a hacer una demostración que te gustará como ninguna. Ven aquí.

Volvió al lado de la mesa de trabajo y cogió con ambas manos una caja de hojadelata en cuyos lados se leía el nombre de una fábrica de conservas.

—Ahí dentro había una cosa muy buena que se llama atún y traen de muy lejos—comentó María.

—Exactamente—repuso Tomás en tanto abría la caja.

Apareció un brazo metálico que tenía en la punta una aguja, después una manivela que Tomás introdujo en un agujero para darle muchas vueltas. En seguida extrajo de un cajón un disco negro y redondo, lo colocó sobre una especie de plato que había dentro de la caja, depositó sobre el disco la

aguja, hizo funcionar un resorte y, ¡oh, maravilla!, una alegre música comenzó a sonar.

Mientras duró la placa, María no apartó los ojos del aparato. Parecía fascinada por el brillante brazo de metal.

Cesó la música y sólo entonces salió la muchacha de su estupefacción.

—¡Es maravilloso! Parece un aparato con una bocina muy grande que vi yo un día en la ciudad.

—En efecto, éste es un aparato como aquél: un gramófono. Sólo se diferencia en que aquél era construido con piezas nuevas y éste está hecho con material inservible para sus antiguas funciones. La cuerda es la de un reloj viejo y todo lo demás, ya lo ves: una lata de atún, un trozo de tubo que antes sirvió para conducir el agua, y otras muchas piezas que cualquiera hubiera arrojado a la basura.

Algo semejante a un effluvio del alma había surgido a los ojos de María. Su entusiasmo era franco y evidente.

—Ahora sí que estoy convencida de que tienes razón, Tomás. No hay nada inútil en la vida.

Cuando se tienen unas manos como las tuyas incluso lo más viejo se convierte en nuevo.

Y añadió después de una pausa:

—Tomás, estoy arrepentida de haberte roto los cristales.

Había en su voz una entonación amarga e imploradora, a la que Tomás replicó con estas alegres y optimistas palabras:

—Nada de eso, María. No tienes por qué arrepentirte. Esa pedrada ha sido para mí un bien muy grande. Gracias a ella, seremos desde ahora buenos amigos. Por eso, María, al ver esos cristales rotos, sólo se me ocurre dar gracias a mi buena estrella.

—Yo también me alegro mucho de ser amiga tuya.

Y había en sus ojos algo íntimo y radiante que movió a Tomás a decir:

—Ahora bien: no vuelvas a utilizar las piedras para presentarte a la gente y lo mejor sería que no las utilizaras para nada.

—Así lo haré, Tomás. Estoy segura de que eso será bueno para mí, puesto que tú me lo aconsejas.

—Muy bien, María. Así me gus-

ta... Pero vete ya, pues es tarde y tu madre te estará esperando.

—Es verdad—dijo la muchacha volviendo a la realidad repentinamente—. Ya es la hora de comer.

Y ya se disponía a marcharse, cuando Tomás la detuvo. Y cogió el gramófono y lo ofreció a María.

—Toma, para ti.

—¿Para mí?—exclamó la muchacha incrédulamente.

—Para ti. Te lo regalo.

Tendió las manos para coger el precioso obsequio, pero las retiró en seguida.

—No, no. Te quedarías tú sin él.

—No importa. Tengo gusto en hacerte este regalo, para corresponder a la hora de compañía con que me has obsequiado.

Por fin se decidió María a aceptar la caja maravillosa. La tomó con ambas manos y la abrazó y la oprimió contra su pecho.

—Gracias, Tomás, gracias—dijo con profunda emoción—. Eres muy bueno conmigo.

—Tú sí que eres buena, María... ¿Volverás mañana?

—¡Ya lo creo!



...presta atención...



-Esto te servirá de escarmiento.



—¿Qué tienes en las piernas?



—Me las he lavado esta mañana.



—Yo creía que los huevos sólo servían para comerlos.



—¡Pero si resulta que eres casi rubia!



...siguió desabrochando...



Después de verla como él
la estaba viendo ahora...



-¿De verdad no te gustaría venir conmigo?



...se despidió de su acompañante...



Fue una comida alegre...



...les sorprendió la madre de María.



...Tomás quiso seguirlos...



Experimentaba la absurda sensación de que su alma estaba vacía.



En sus almas puras y nobles había un caudal de amor inagotable.

—Pues hasta mañana entonces.

Y le tendió la mano. La pequeña y blanca de María desapareció en ella completamente.

—Adiós.

—Adiós.

Y Tomás no se retiró de la puerta hasta que el carro hubo desaparecido en una revuelta del camino.

VII

Al día siguiente, Tomás la esperaba a la puerta de la casa y con ciertos planes de sancamiento formados.

Sobre una rústica mesa, había un caldero lleno de agua y al lado un buen trozo de jabón.

El día anterior había advertido que no eran sólo sus manos y sus mangas los que necesitaban la protección de la limpieza. Pero hubiera sido una exageración querer hacerlo todo en un día.

Al fin se divisó en el camino el carro de María, que regresaba del mercado. Se detuvo frente a la casa y bajó la joven con un cesto en la mano.

—¿Me quieres comprar algo,

Tomás?—fueron sus primeras palabras.

No le sorprendió a Tomás la indelicadeza. En un día no se podía limpiar el cuerpo de una persona. ¿Cómo podría limpiarse el espíritu?

—¡Vamos!, ya veo que no has venido por el gusto de verme, sino por hacer negocio. Es muy natural. Tu oficio es vender. Sólo eso te han enseñado.

—A mi madre no le gusta que vuelva a casa con el género.

—Es muy natural. ¿Qué llevas en ese cesto?

—Huevos. Una docena.

—Bien. Te los compraré. Después de todo me hacen falta. Pero te los compraré a condición de

que no trates de engañarme. A ver esos huevos.

María le entregó el cesto y él los examinó minuciosamente.

—¿Cuánto quieres por ellos?

—Lo que quieras darme.

Tomás rió complacido.

—Muy bien, María. Es un rasgo que debo agradecerte, porque con él me das una muestra de amistad. Me quedo con los huevos y te los pagaré al precio que quieras. Puedes añadir los portes al valor que tengan en el mercado.

Y fué a dejar la cesta en el suelo, cuando exclamó:

—A propósito: ¿no has oído decir nunca que los huevos sirven para lavar la cabeza?

—No—repuso María con asombro.

—Pues no hay nada mejor que un huevo para dejar el cabello limpio como el oro. Un huevo hace el mismo efecto que un buen trozo de jabón y tiene sobre él la ventaja que, además de limpieza, suaviza.

—Yo creía que los huevos sólo servían para comerlos—repuso la muchacha ingenuamente.

—Pues no. Sirven también para

lavar la cabeza. Ven aquí y verás.

María se dejó coger de un brazo e inclinar la cabeza sobre el caldero. Oyó el crujir de un huevo al romperse y después sintió una suave frescura en su cabeza.

Las manos de Tomás comenzaron a friccionar el revuelto cabello, pero las manos no se deslizaban con la suavidad debida. Hubo de romper otro huevo. Y luego otro, y otro después. Cuando había partido toda la docena, tuvo que hacer alto. No quedaban más huevos, lo cual no quería decir que la cabeza de María no los necesitara.

Después de bien enjuagado y seco el cabello, María daba la impresión de haberse puesto una peluca postiza.

—¡Pero si resulta que eres casi rubia!—exclamó Tomás.

—¡Ah!, ¿sí? Pues no lo sabía.

Y añadió con el mismo asombro después de acariciarse el cabello:

—¡Qué fino es! Antes parecía la cola de un caballo.

—Supongo que después de esto no olvidarás nunca que conviene lavarse frecuentemente la cabeza.

—Así lo haré. Ahora me he da-

do cuenta de que la limpieza es deliciosa.

—Pero aun falta otra cosa—dijo Tomás—. Me ha parecido ver que la nuca no la tienes tan blanca como las manos. ¿Acaso tienes la piel de dos colores?

—No sé.

—En seguida vamos a averiguarlo. A ver; ven aquí.

Y tirando del cuello del vestido por la parte trassera, dejó al descubierto un buen trozo de nuca por el que pasó el dedo con fuerza y repetidamente.

Una especie de virutitas del color de la noche hicieron exclamar a Tomás con plena convicción:

—Eres igual de blanca por todas partes. Lo que sucede es que no se puede ver bien si no te das un baño.

—Me lo puedo dar, si quieres.

—Naturalmente que quiero. Pero antes ven aquí. Te voy a facilitar la tarea.

Se entregó María a las manos de Tomás y éste procedió sin contemplaciones a desabrocharle la espalda del vestido.

Un confuso sentimiento de rubor motivó en María un movimien-

to de protesta; pero en seguida se contuvo, pues era superior su deseo de obedecer a Tomás.

Este siguió desabrochando, desabrochando hasta que se terminó la espalda, y acaso hubiera continuado si no viera en la modelación de aquella carne algo que le moviera a preguntar:

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir los diez y ocho.

Como si en la conciencia de Tomás acabara de sonar un timbre de alarma, se apresuró a abrochar lo que había desabrochado y exclamó:

—Entonces te has de lavar tú misma.

—¿Cuándo?

—Cuando antes mejor. Vete ahora mismo.

Ni corta ni perezosa, María se dirigió a un arroyo que había cerca de la casa de Tomás y después de decirle adiós con la mano, se metió entre los árboles y comenzó a desnudarse.

La vegetación no era lo suficientemente frondosa para ocultar del todo aquellas íntimas operaciones. De aquí que Tomás, aun

sin querer, viera más de lo que juzgaba correcto, por lo que se apresuró a dirigir el cochecillo a la ca-

sa y encerrarse en ella para alejar de este modo de su noble corazón los malos pensamientos.

VIII

Hacia algún tiempo que pululaba por el pueblo otro personaje conocido de nosotros.

Era Wrenn, el gran Wrenn, el cual seguía vistiendo el uniforme, a pesar de que ya había terminado el servicio.

Continuaba, como siempre, sacrificado por entero al elemento femenino. De continuar así, pronto tendría que huir de aquel pueblo por falta de víctimas.

Una de ellas era Milly, la hija de la viuda de Smith.

Esta era la última y la más perjudicada. La aventura había llegado con ella lo más lejos que podía llegar. Milly pecaba por exceso de inocencia y de ingenuidad y había creído las falsas palabras de Wrenn. No tenía padre ni hermanos que la defendieran. Estaba

sola en el mundo con su candidez y con su madre. Estaba enamorada de Wrenn. Todo esto hacía esperar la desgracia de que había sido víctima.

En el pueblo comenzaron a correrse las voces y alrededor de Wrenn fueron quedando tan sólo las gentes de su calaña. Los demás rehuían su trato. La hija de la viuda de Smith era una muchachacha cuya bondad le había atraído muchas simpatías y al ser ella la víctima del delito de Wrenn, aparecía como un crimen a los ojos de la gente.

Wrenn se había dado cuenta de esta desfavorable situación que se había creado y no sólo por ello sino porque al mismo tiempo evitaba el compromiso de la cándida

Milly, resolvió salir del pueblo para no volver a él jamás.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

Aquella noche celebraban un baile los bomberos y Wrenn tenía en el bolsillo la invitación. No podía faltar. Y he aquí que el baile trastornó sus planes de fuga como veremos inmediatamente.

Era de noche cuando Tomás oyó que llamaban insistentemente a la puerta de la casa. La anomalía le extrañó mucho. No acostumbraba recibir visitas a aquellas horas.

Y su sorpresa fué mucho mayor cuando, al abrir la puerta, vió que la que llamaba era María.

Llevaba un lío de ropa debajo del brazo y parecía muy agitada.

—¿Adónde vas a estas horas?

—Al baile de los bomberos.

¿Me permites que me vista aquí?

—¡Ya lo creo, mujer! Entra en mi cuarto y haz allí lo que te parezca.

María le cogió en seguida la palabra y se encerró en el cuarto de

Tomás, reapareciendo a los pocos minutos completamente transformada. Llevaba un traje nuevo y unas medias finas y unos preciosos zapatos.

Pero debemos advertir que los zapatos no los llevaba en los pies, sino en las manos.

Esto fué lo primero que echó de ver Tomás, el cual, bajando la vista y advirtiendo que los diminutos pies de la muchacha estaban sumergidos en los destrozados zapatos de siempre, exclamó:

—¿Por qué no te has puesto los zapatos?

—Porque se me ensuciarían durante el camino.

—Por lo visto, vas dispuesta a no volver sin marido del baile de los bomberos.

No le fué posible a Tomás evitar esta demasiado franca alusión y tampoco supo contener un gesto de amargura, al mismo tiempo que pronunciaba las impertinentes palabras.

Todo ello, bien lo sabía Tomás, no tenía más que un origen: los celos. Los celos de que otros compartieran la amistad preciosa de María, su única amistad. Pero

comprendió a tiempo que esto era consecuencia de un egoísmo desenfrenado, que era absurdo y disparatado pretender que una muchacha en plena juventud como María guardara su simpatía y su amistad para él solo, pobre inválido que no podría proporcionarle ninguna diversión ni nada de lo que una muchacha de diez y ocho años necesita.

Por otra parte, María estaba aquella noche, vestida con su traje nuevo, lavada y compuesta, extraordinariamente linda. De donde podía él imaginar que debajo de aquel vestido sucio y roto, se ocultaba una figura tan delicada, tan exquisitamente femenina.

Después de verla como él la estaba viendo ahora, era imposible seguir tratándola como a una niña. María era una mujer, una mujercita hecha y derecha, un delicada flor-silvestre a la que él había sabido añadir el aroma de la espiritualidad.

Ella, inconsciente de la tempestad que se estaba desencadenando en el pecho de su amigo, se inclinó sobre él y le dijo ensanchándose

el escote para que pudiera ver y oler su carne limpia:

—Mira. Me he vuelto a lavar de arriba abajo. ¿Verdad que estoy limpia?

Al percibir de tan cerca el perfume de aquella fresca piel, joven y virginal, deliciosamente perfumada con los aromas de los albores de la feminidad, Tomás sintió una especie de vahido y hubo de alejarla de sí, apoyando suavemente sus fuertes manos sobre los delicados hombros.

—Está muy bien, María. Realmente nunca pude imaginar que fueras tan hermosa.

—No me he olvidado de nada. Mira.

Y le mostraba un pañolillo que pendía prendido con un alfiler de su pecho.

Tomás rió de buena gana.

—Has tomado demasiado al pie de la letra mis instrucciones. Ahora ya no es ese el sitio del pañuelo para ti. Eso se queda para las niñas pequeñas. Tú ya eres una mujercita.

Y él mismo desprendió el pañuelo del pecho de María y se lo puso en la cintura.

—No me habías dicho que tuvieras un traje nuevo.

—Me lo he comprado hoy para asistir al baile. ¡Si supieras lo que me ha costado recoger el dinero!

—Pero ya ves que al fin todo se consigue. En este mundo todo es cuestión de constancia y voluntad.

—Naturalmente. No comprendo bien lo que me has dicho, pero estoy segura de que todos los días pensaba yo algo parecido cuando le decía a mi madre que había vendido las cosas por unos centavos menos de los que había obtenido por ellas en realidad y me los guardaba.

Y, muy satisfecha de sí misma, de su paciencia y de su ingenio, giró una vez más sobre sus talones y se miró de arriba abajo y se contempló las manos empolvadas y limpias.

Pero al mirar a Tomás vio que los ojos de éste estaban fijos en ella con severidad.

—¿Acaso no estoy bien, Tomás? ¿Acaso no estoy completamente limpia como es tu deseo?

—No estás completamente limpia, María. Estás limpia por fuera,

pero no por dentro. Las muchachas que engañan a su madre como tú, tienen el espíritu sucio, tan sucio como estaban antes tus manos y tus cabellos.

—Yo no he hecho nada malo, Tomás. Vendía las cosas más caras del precio que mi madre las ponía y me quedaba con la diferencia.

—Eso no importa para que tú engañaras a tu madre diciendo que habías vendido a un precio, habiendo vendido a otro. Eso no es propio de ti, María. Prométeme que no lo volverás a hacer.

También ella se había puesto seria al oír el tono solemne con que le hablaba Tomás.

—Te lo prometo. Alégrate porque no lo volveré a hacer. Me sabría muy mal entristecerte esta noche. ¡Si tú supieras lo que venía pensando por el camino!

—¿Qué pensabas?

—Pues pensaba que mi dicha sería completa si pudieras venir conmigo al baile esta noche.

—¡Bah!—exclamó Tomás ahogándose de emoción—a mí no me gusta el baile.

—¿De verdad no te gustaría venir conmigo?

—Naturalmente que me gustaría. Ya sabes que donde mejor me encuentro es a tu lado.

Y para disimular su amargura, para que aquella escena desgarradora terminara cuanto antes, la envió a su cuarto por la guerrera de militar.

—Tráela y te la pondré a modo de abrigo. Para ir y venir te hará un buen papel. Donde dejes los zapatos viejos puedes dejar la guerrera.

Y aprovechando el momento en que María le volvía la espalda, se pasó rápidamente la mano por los ojos para romper una lágrima furtiva.

Cuando María regresó con la guerrera en la mano, ya era menos fuerte el nudo que se le había formado en la garganta y pudo sonreír.

El mismo le puso la guerrera y se la abrochó y la alisó por la parte de la espalda.

María sentía en su ser algo muy íntimo y muy hermoso. Ella no conocía las caricias, y las manos pa-

ternales de Tomás, sólo sabían tocar acariciando.

—Estás muy bien, María. Cada vez estás mejor. Esta noche tendrás un éxito seguro.

Pero María no se sintió halagada. Apenas prestó atención a las amables palabras de Tomás. Le miraba, le miraba y sus grandes y profundos ojos estaban cada vez más rebosantes de tristeza.

—¿Qué lástima, Tomás, qué lástima! ¡Qué pena me da que no puedas acompañarme esta noche! Me siento tan segura a tu lado, tan feliz...

—Calla, María, calla.

Esta vez no había sabido Tomás disimular la amargura. Toda su voluntad y sus esfuerzos se estrellaron contra la profunda emoción que las sentidas palabras de María le habían inspirado.

—¡Pobre Tomás, pobre Tomás!

Y en un ciego impulso, en un arranque impremeditado, María echó los brazos al cuello de Tomás y estrechó la bondadosa cabeza sobre su pecho.

Fué una lucha desesperada. Los

brazos de Tomás se dirigieron instintivamente al cuerpo de María, para rodearla y estrecharla también con todo el vigor de su limpio y profundo afecto, pero en aquel momento culminante, acabó de convencerse de que María le inspiraba algo más que una sencilla amistad y pensando que el amor de un inválido sólo podía reportar molestias y sacrificios a la mujer amada, hizo un esfuerzo sobrehumano, un esfuerzo en que se aunaron todas las energías de su alma

generosa y sonrió al decir a María:

—Vete y diviértete María. A mí no me ha gustado nunca el baile. Estoy mejor en casa. Me conformaré con que mañana vengas a contarme lo mucho que te has divertido.

María, engañada por aquel alegre tono, decidió marcharse; y ni aquella noche ni nunca supo que apenas saliera de la casa, la sonrisa que se dibujara en los labios de Tomás se convirtió en un sollozo.

IX

El único amigo que encontró en el baile fué Wrenn, el cual quedó muy sorprendido al advertir el cambio que se había producido en María.

Pero así como a Tomás aquella transformación le inspiró una emoción profunda y purísima en la que había tanto de amor como de respeto, a Wrenn sólo le hizo pensar que la muchacha había ascendido a la categoría de víctima.

Al tropezar con ella en medio de la sala de baile le bastó un segundo para contemplarla y considerarla digna de su preocupación y, sin pedirle permiso, la enlazó por el tallo y comenzó a bailar con ella.

María no tuvo más remedio que acatar la voluntad del tirano. Ni siquiera había tenido tiempo de reflexionar si le satisfacía o no bailar con Wrenn.

A los pocos momentos había

conseguido congraciarse con ella. María era ahora tan propicia a simpatizar con la gente como antes a arrojarle piedras.

Wrenn era realmente ameno en su charla. Tenía un buen repertorio de chistes que no le fallaban nunca y estaba muy práctico en el arte de halagar a las mujeres.

De su pecho pendían varias medallas que le daban un aspecto algo así como de capitán general, y como viera que María las miraba con figura un tanto deslumbrada por aquello que ella creía oro y no era más que latón, él le explicó con gentil indiferencia:

—Cada una de estas medallas, indica un triunfo en otros tantos combates.

Y añadió a esto un par de descripciones horripilantes que consiguieron impresionar a María.

Después puso en el drama la nota cómica, levantando a María en vilo de modo que su rostro quedaba a la misma altura que el de ella y terminando así aquel baile.

La menguada estatura de María daba a la pareja el aspecto de un hombre que llevaba en brazos una muñeca.

Cundieron las risas y las murmuraciones sin que María pudiera sospechar la verdadera causa de ellas.

—Esta niña tonta—decía uno—se acordará de esta noche.

—Parece mentira que haya mujeres tan ingenuas y hombres tan malvados.

—Por mi parte, debo deciros que ese Wrenn debe andarse con cuidado. Amo a mi pueblo y no puedo tolerar pacientemente que un desalmado venga a sembrar en él la deshonra.

Estos eran los comentarios de los que veían bailar a Wrenn llevando en vilo a la pequeña y cándida María, la cual confiaba en su caballero, principalmente porque era amigo de Tomás.

Después del baile se llevó Wrenn a María al buffet y la invitó a tomar un helado. Precisamente los helados eran lo que más le gustaba a ella.

Wrenn hizo, en fin, todo lo necesario para impresionar a María, y tan seguro estaba de su éxito que, a media noche, incluso se atrevió a llevársela al jardín para iniciar

uno de aquellos *flirts* en los que era maestro indiscutible.

Pero en esto fracasó completamente.

Con la limpieza espiritual y física que Tomás había sabido introducir en ella, el pudor había despertado también en su alma; y a las primeras palabras insinuantes de Wrenn, algo instintivo y profundo le dijo que no debía escucharlas.

—Perdóneme, señor Wrenn, pero es tarde y debo regresar a casa.

Wrenn no se inmutó. No era María la primera muchacha que se le mostraba esquiva en un principio.

—Como quieras, pequeña. Si quieres marcharte ya, te acompañaré.

Y sin esperar a que ella aceptara o rechazara su compañía la cogió del brazo y se dirigió con ella a la calle.

María recogió su paquete del escondrijo en que lo había dejado antes de entrar al baile y otra vez se dejó coger del brazo por el Napoleón del siglo XX y conducir a lo largo de la carretera iluminada por

el resplandor ambarino del plenilunio.

Por el camino, Wrenn le contó alguna de sus cacerías en la América del sur y le refirió detalladamente cierta entrevista que había tenido con el presidente de los Estados Unidos.

* * *

Desde lejos, percibió María la figura inconfundible de Tomás a la puerta de su casa.

—Mi buen Tomás me está esperando—dijo a su compañero.

—¿Qué Tomás es ese?

—Pues Tomás, su amigo. Fué compañero de usted en el trabajo y en la guerra.

En la ligera memoria de Wrenn se levantó instantáneamente la sombra de un recuerdo. Era una noche oscura allá en el frente. Los *muchachos* se iban a quedar sin cenar aquella noche. De pronto se le acerca el capitán y le ordena que lleve la cena a sus compañeros en el automóvil blindado. Pero él, que necesitaba el automóvil para una de sus aventuras, envió a Tomás en el carro del agua.

Y a la mañana siguiente se enteró de que Tomás estaba herido de gravedad. Una granada había hecho trizas el carro, había matado al cocinero y había dejado a Tomás en un estado lamentable. Tuvo suerte y no se supo que él había sido el causante de aquella desgracia. Terminó la guerra, regresó a la patria y un día se enteró de que aquel Tomás que había pertenecido a su compañía estaba hospitalizado y había quedado inútil para siempre. Pero no había vuelto a pensar en él.

—¡Ah, sí, Tomás! ¡Ya recuerdo!

Y como habían llegado frente a la casa y María se había acercado a saludar al inválido, Wrenn no tuvo más remedio que enfrentarse con él.

—¡Hola, Tomás! No nos habíamos visto desde que estuvimos juntos en el frente.

—Es verdad, no nos habíamos visto desde entonces. Pero puedes tener la seguridad de que me he acordado mucho de ti.

Y al decir esto, Tomás le miraba fijamente, de un modo que sólo Wrenn y él podían comprender.

—Voy a cambiarme de ropa—les interrumpió María entrando en la casa de Tomás como en la suya propia.

—La verdad es que la guerra te ha dejado hecho una lástima—dijo Wrenn.

Tomás sonrió despreciativamente y el ex sargento añadió:

—Pero la invalidez no te priva de seguir siendo un Don Juan. Se ve que esa muchacha conoce tu casa y tu habitación como la suya propia.

Al oír estas palabras, los ojos de Tomás relampaguearon de ira.

—Déjate de bromas de mal gusto, Wrenn. Esa muchacha es honrada a carta cabal.

El ex capataz sonrió cínicamente.

—Si es o no es honrada, pronto lo averiguaré por mí mismo.

En una convulsión Tomás casi se había levantado de su asiento.

—Como cometas semejante canallada, te aseguro que te acordarás de mí.

Wrenn iba a salir con alguna de las suyas, cuando reapareció María.

—He dejado mi vestido en tu

cuarto, Tomás. ¿Me permites que lo guarde aquí?

—Sí, María, ¿por qué no?

La joven había tendido a Tomás la mano, pero éste apenas tuvo tiempo de estrecharla. Wrenn cogió a María del brazo y tiró de ella, cortando bruscamente la despedida. Ni uno ni otro pudieron oponerse a la tiranía. Tomás era un inválido y María una débil muchacha acostumbrada a recibir órdenes de todo el mundo.

Llegaron por fin a la casa de María y ésta se despidió de su acompañante dándole las gracias por las gentilezas que con ella había tenido y especialmente por los varios helados con que la había obsequiado durante el baile.

Cuando entró María en su casa, Wrenn no se marchó. Una de las ventanas estaba iluminada y a través de sus cristales vió que una mujer se acercaba a María y la emprendía a cachetes con ella al mismo tiempo que gritaba:

—Me he enterado de que te pasas las horas muertas con ese lisiado de Tomás Orborn y estoy decidida a que esto concluya. Sólo nos

faltaba tener que cargar con un inválido.

Estas palabras agradaron tanto a Wrenn que se atrevió a entrar en la casa.

—Tranquilícese, señora. María no ha estado con Tomás sino conmigo en el baile de los hombreros. Realmente, tiene usted razón al no dejarla ir a casa de ese hombre inútil. Si se enredaran las cosas, sería para ustedes una verdadera desgracia. Un inválido resulta insoportable hasta en una casa rica. Imagínese qué sería para ustedes que tienen que luchar a brazo partido con la vida desde que murió el pobre señor Tucker.

—¿Le conocía usted?—preguntó la viuda de Tucker.

—Ya lo creo. Éramos íntimos amigos. Aquello era un hombre de verdad.

—Bien lo puede usted decir, amigo mío! ¡Oh, si él viviera todavía!

—Pues si él viviera, a estas horas serían ustedes ricos. Así como suena. No hay negocio comparable al de una granja cuando se puede atender a ella debidamente. Ahora bien, si falta la cabeza directora,

el hombre enérgico y capaz de solventar todos los inconvenientes, entonces una granja es un negocio ruinoso.

—Tiene usted razón—repuso la viuda de Tucker cada vez más subyugada por las prudentes palabras de Wrenn.

—Pero en fin, no hay que apurarse. Han tenido ustedes la suerte de tropezar conmigo y buscaré el medio de hacerles la vida más llevadera. Tengo muchas influencias y muy buenas amistades. ¿Quién sabe si encontraremos un buen marido para María, un marido de posición y de dinero!

La señora de Tucker no pudo ya contenerse y exclamó enlazando las manos en un transporte de gratitud:

—Es usted muy generoso. No sé como expresarle mi agradecimiento.

Ni por un momento dudó la viuda de Tucker de que aquel hombre que con tal énfasis y gallardía hablaba era una personalidad con su complemento de amistades e influencias.

Le conoció como capataz de mecánicos electricistas y luego supo

por María que era sargento en la guerra.

Pero eso no obstaba para que ahora, al verle el pecho lleno de cruces, le considerase capitán general o algo parecido. Para vencerse, le preguntó:

—¿Es usted todavía sargento?

—Hace mucho tiempo que dejé de serlo, señora. Ahora estoy a punto de ascender a comandante, gracias a mis méritos de guerra.

Y considerando que ya había dicho bastante y que al mismo tiempo había conseguido más de lo que deseaba, se despidió de María y después dijo a la señora de Tucker mientras le estrechaba la mano:

—Mucho ojo con la niña. Es muy linda y sería una lástima que no aprovechara su hermosura en este momento floreciente de su juventud.

—Descuide usted, señor Wrenn, que no dejaré de vigilarla... y muchas gracias por haber acompañado a María al baile.

—Para mí ha sido un placer. Se lo digo francamente. María sería la única mujer capaz de hacerme cambiar de vida, dejando las calaveradas y aventurillas que nada

hucno reportan, para entregarme de lleno a la deliciosa paz del hogar.

Los ojos de la señora de Tucker relampaguearon de felicidad. La idea de que su hija se casara con todo un señor comandante la enloquecía.

—¿Vendrá usted algún día por aquí, señor Wrenn?

—Ya lo creo. Y cenaré con ustedes el día menos pensado.

Ya se iba a marchar, cuando, de pronto, se detuvo.

—Oiga usted. Acabo de fijarme en una cosa. Se parece usted muchísimo a su hija.

El disparo fué certero. Si algo le faltaba a la viuda de Tucker para tambalearse, aquellas palabras agudas como flechas se lo proporcionaron. Wrenn había dicho antes que María era muy linda. Ahora afirmaba que ella se parecía a la muchacha. En toda alma

de mujer hay siempre un rescoldo de coquetería.

—Es usted muy amable, señor Wrenn. A ver si es verdad que está dispuesto a honrarnos con su compañía.

Cuando Wrenn salió de la casa, se desvió del camino más corto con objeto de echar un vistazo a la granja.

Después del reconocimiento se frotó las manos con satisfacción. Una alquería como aquella significaba tener el porvenir asegurado.

Los *negocios* surgen así, inopinadamente. Le había llevado allí un asunto de amor y he aquí que la cosa se convertía en algo mucho más serio; en una preciosa transacción en la que él iba a poner su arte donjuanescos y sus dotes personales, y la viuda de Tucker una bonita muchacha y una alquería que bien administrada se convertiría en el mejor negocio de la comarca.

X

Tomás lo tenía todo listo para la comida. La mesa estaba puesta y sobre ella humeaban exquisitos manjares. Se había propuesto que aquel día María le acompañara a la mesa y no la dejaría marchar.

Llegó puntualmente.

—Hoy no te escaparás, María. Lo tengo todo preparado para que comas conmigo.

Pero María no se movía del umbral. Le miraba fija y tristemente.

—¿Por qué no entras?

—No puedo.

Al percibir el matiz de congoja que había en su voz, hizo rodar el cochecillo hasta la puerta.

—¿Y eso? ¿Qué ha sucedido, María?

—Tomás... No te lo quería decir, pero mi madre y yo hemos llevado una semana espantosa. Sólo

ha hablado conmigo para reprenderme.

—Algo malo habrás hecho.

—No, Tomás, no he hecho nada malo. Estoy segura. Mi madre me reprende por hablar contigo. Hoy han llegado las cosas al límite. Me ha prohibido terminantemente entrar en tu casa. Por eso no me atrevo a pasar de aquí... ¿Qué crees tú que debo hacer?

Tomás la escuchaba sin pestañear. Comprendió en seguida el motivo de aquella prohibición. La madre de María temía que a su familia se mezclara un inválido. Esto era muy doloroso, pero también muy natural. Sentía como si la sangre se hubiera enfriado en sus venas, como si algo glacial y doloroso le hubiera enfriado el corazón.

—¿Qué crees que debo hacer?

—repitió María,

—Eso ni qué decir tiene: obedecer a tu madre—repuso Tomás haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—¡Qué triste es esto, Tomás! ¿Por qué no comprenderá mi madre que donde mejor estoy es a tu lado?

Tomás estaba pensativo.

—Se me ocurre una idea—dijo de pronto—. ¿Qué sucedería si fuera a hablar con tu madre?

El semblante de María se animó.

—¡Es una gran idea! Estoy segura de que mi madre cambiaría de opinión al conocerte...

—Pues entonces así lo haremos. Mañana iré a hablar con tu madre.

Para que la atmósfera de tristeza se acabara de desvanecer, Tomás arrastró la mesa hasta la puerta y, colocando una banqueta en el umbral, dijo a María:

—Siéntate. Puedes comer conmigo sin desobedecer a tu madre. Ella te ha prohibido que entres en mi casa y tú no entras.

Fué una comida alegre, una hora llena de ilusiones. Como la puerta estaba abierta de par en par,

todos los que pasaban se los quedaban mirando y ellos, indiferentes a todo, comían y charlaban gozosamente.

Después de los postres Tomás se llevó la mano al bolsillo y extrajo un pequeño envoltorio que entregó a María.

—Acepta este pequeño obsequio como recuerdo de nuestra primera comida juntos.

María abrió el estuche y, muda de admiración y de placer, extrajo de él un precioso brazalete de oro. ¡Cuánto habrías tenido que ahorrar Tomás para poder comprar aquella joya!

Se lo puso y tuvo este comentario:

—Parece un gran anillo de prometida.

¿Había dicho esto inconscientemente? Acaso... Pero lo cierto fué que aquellas palabras habían brotado de muy hondo.

* * *

Entretanto, Wrenn había realizado grandes progresos en la conquista de la granja. Ya había declarado francamente que el marido

que prometió buscar para María era él y como a esto añadió que había obtenido ya el esperado ascenso a comandante, la viuda de Tucker le dió las gracias con lágrimas en los ojos.

Mientras Tomás y María celebraban aquella comida que para ambos sería inolvidable, Wrenn había ido a visitar a su futura suegra.

Como siempre, llevaba un paquete en la mano. Un militar de su graduación no puede andarse con tacañerías, y Wrenn sacó de debajo de tierra los dólares que necesitaba para interpretar debidamente su papel. Un día eran flores, otro un frasco de esencia, otro una figurita o cualquier objeto decorativo... Hoy había sido un jersey de lana.

—Precisamente pensaba comprarme uno—exclamó conmovida la viuda de Tucker.

—Me lo figuraba, mamá. Por eso te lo he comprado. Hace mucho frío y no es cosa de que vayas a cuerpo gentil... ¿Todavía no ha regresado María?

—Todavía no. Y créeme que me

extraña porque a estas horas está aquí todos los días.

—Bueno, da lo mismo. Lo que quería decirle a ella te lo diré a ti. Es preciso que adelantemos la boda si queremos que el general la apadrine. Nos debemos casar mañana mismo. Prepáralo todo y mañana vendré por María. Celebraremos la boda en la ciudad y en vez de irnos en viaje de novios, nos preocuparemos de arreglar el hogar cuanto antes con objeto de que puedas venirte con los niños.

—¿Es que vamos a abandonar la granja?—preguntó la viuda de Tucker aturdida por las grandes noticias que Wrenn le había dado.

—Ni pensarlo. Pero no es cosa de que sigáis agotándoos en un trabajo que es más propio de hombres... Buscaré jóvenes robustos y organizaré bien el negocio. Vosotros viviréis en la ciudad, en vuestra casa, sin fatigas ni preocupaciones. Yo vendré diariamente a hacer una visita a la granja. Todo irá como la seda. Entonces os convenceréis de que es verdad lo que tantas veces os he repetido. En esta clase de negocios es impres-

cindible la mano de un hombre enérgico.

—No lo he dudado nunca, hijo mío. Aquí hacías falta tú.

—Pero ya te digo, *mamita*. Habremos de estar unos días separados... muy pocos, cosa de una semana... Mañana vendré por María para llevármela a la ciudad. Nos casaremos y nos dedicaremos en seguida a preparar la casa, con objeto de que cuando tú y los niños vayáis esté todo dispuesto para recibiros dignamente.

—¡Qué feliz me haces, hijo mío! Mi ideal ha sido siempre asegurar el porvenir de María y de todos mis hijos. Y tú has venido, como enviado por Dios, a realizar este ideal.

Se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Gracias, gracias...!

—Bueno, bueno... Basta ya de lagrimitas. Nunca he hecho las co-

sas para que me las agradezcan... En este mundo unos son buenos y otros malos. Dios ha querido que yo figure entre los primeros y a El es a quien debéis gratitud. No a mí.

Lanzo un suspiro y añadió:

—Bueno, *mamita*, se me hace tarde. ¡He de hacer tantas cosas de aquí a mañana! Adiós, adiós. No olvides nada de lo que te he recomendado. Mañana a mediodía debe estar María dispuesta a venirse conmigo a la ciudad.

Y se fué arrojando besos a su adorada mamá política.

Cuando ésta no le podía ver, se frotó las manos jubilosamente.

—Dentro de una semana—se dijo—la granja se habrá convertido en dinero y el dinero estará en mi poder. En mi vida he realizado un negocio con tanta facilidad y limpieza.

XI

Cuando llegó María su madre la recibió mucho peor aún de lo que ella esperaba.

—Wrenn ha estado esperándote durante cerca de una hora.

—¡Madre, madre!...—exclamó María echándose a llorar—. ¿No comprendes que no puedo querer a Wrenn? ¿No comprendes que seré muy desgraciada con ese hombre?

No había podido contenerse.

Llevaba muy fresca aún en la mente la imagen de Tomás, todavía resonaban en sus oídos sus dulces palabras y al oír nombrar a Wrenn, el hombre que se había empeñado en destrozár su vida, el contraste había sido demasiado doloroso.

—¡No puedo, madre, no puedo!—repitió con energía—. Aunque me mates, no me casaré con Wrenn.

—“Aunque me mates”—repitió la madre trocando el tono de aspereza en otro que rezumaba sincera amargura—. ¿No comprendes que todo lo hago por tu bien? ¿Crees que si alguna vez te reprendo es por falta de cariño? No conoces a tu madre, María. Si tú estuvieras en mi lugar, si tuvieras que luchar desesperadamente, no sólo por la propia vida sino por la de cinco hijos, entonces verías lo difícil que es ser dulce y amable. Oyeme bien, María. Wrenn es nuestra solución. Tu boda con él representa el bienestar para ti y para tus pobres hermanitos. ¿Cometerás la locura de desdeñar esta ocasión que jamás volverá a presentarse? Piénsalo bien, María. Piensa si tienes derecho a sacrificar a los que te rodean por satisfacer un deseo... Tienes tiempo hasta mañana, pues mañana vendrá Wrenn para llevarte a la ciu-

dad, donde se ha de celebrar vuestra boda.

Y ya no dijo más. María quedó a solas con sus pensamientos. Mil ideas confusas y encontradas llenaban su mente. En verdad no era propio de un corazón noble el sacrificar la felicidad de varios inocentes al egoísmo de amor. Pero, ¿no equivalía también a una venta vergonzosa el casarse con un hombre al que no profesaba estimación ninguna, sólo porque aquel matrimonio representaba el bienestar económico?

Ahora, en este momento culminante, ya no vaciló en confesarse a sí misma que amaba a Tomás. ¡Vaya si le amaba! Y también estaba segura de que con ello no hacía sino corresponderle. Aunque nada en concreto le había dicho, Tomás la amaba a ella con un amor limpio y profundo, con uno de esos amores que echan raíces eternas...

Caviló y sufrió. Por fin, sin resolver nada, esperó la llegada del día siguiente. Acaso la visita que Tomás había prometido hacer a su madre, suscitara la solución del doloroso dilema.

* * *

A la mañana siguiente, María se levantó tan temprano como de costumbre, pero en vez de dirigirse al establo a echar la comida a las vacas, limpió la casa y peinó y lavó a sus hermanitos.

Esto último fué advertido en seguida por la viuda de Tucker. Hacía meses enteros que no había visto a sus hijos con las orejas lavadas. El hecho de que también la casa estuviera limpia, la acabó de sorprender y al ver a María lavada y empolvada, no pudo contener su curiosidad y le preguntó:

—¿A qué se debe esta limpieza? ¿Lo haces acaso porque ha de llegar Wrenn?

—No, mamá—repuso la muchacha sinceramente—. Lo hago por Tomás. Va a venir a visitarte.

La noticia puso fuera de sí a la señora Tucker.

—¡Siempre pensando en ese liado!—exclamó—. ¡Ese Tomás va a ser nuestra perdición! Y precisamente se le ocurre venir en el día de tu boda para que tu prometido se encuentre aquí con él.

—Madre—repuso María amar-

gamente—. ¿Por qué hablas con tanto desprecio de Tomás? Ahora que sé que eres buena, no puedo consentir que te ofusques hasta el punto de tratar despiadadamente a un pobre inválido. Escúchale cuando venga, madre. Sé buena con él, porque lo merece. ¡Si vieras qué bueno es! ¡Si supieras cuánto te respeta!... El me ha enseñado a obedecerte y a quererte. El me ha transformado. Todo lo bueno que hay en mí a él se lo debo.

La viuda de Tucker había ido sucumbiendo a la dulzura de aquellas palabras. Cambiando de tono y de expresión, repuso sinceramente:

—No dudo de su bondad. Puede ser mejor todavía que Wren... Pero es preciso que te hagas el ánimo, María. Sería una locura que sacrificaras a un impulso del corazón tu bienestar y el de los que te rodean... Recibiré a Tomás puesto que tú lo quieres y le trataré con bondad. Pero no me pidas más porque eso es todo lo que puedo hacer.

Y en las rugosas mejillas de la señora de Tucker vio María por

primera vez que asomaba una ligrima.

En vano trató Tomás de recorrer el camino que mediaba entre su casa y la de María. Había comenzado a nevar copiosamente y las ruedas de su cochecillo se atasocaban en la nieve. Probó, pero se tuvo que volver cuando sólo había recorrido cuatro o cinco metros. La nevada arreciaba y hubiera perecido sepultado en la nieve. Decidió esperar a que el temporal decreciera.

Entretanto, María le esperaba detrás de los cristales. La visita de Tomás era su última esperanza de salvación. Por eso, al ver que nevaba, había nacido en ella una profunda inquietud. Si Tomás salía de casa con aquel tiempo se exponía a quedarse en el camino. Si esperaba a la tarde o al día siguiente para hacer la anunciada visita, acaso ya no la encontrara allí. Wren había de llegar a mediodía y estaba segura de no tener valor para oponer resistencia. Su madre y sus hermanitos estarían delante para

recordarle que su deber era sacrificarse por ellos.

Para distraerse había colocado a su lado el gramófono que le regalara Tomás, y tras una placa ponía otra. Y en la calle caía la nieve formando con la música un extraño concierto de desesperanza.

Toda la mañana pasó, y Tomás no llegaba. Sin embargo, se acercaba el momento doloroso del arribo de Wrenn. "Una hora más—se dijo María—y ya no habrá remedio para mi infortunio."

Por fin, tomó la determinación de ir a verle. Acaso hubiera salido y estuviera luchando con la nieve en medio de la carretera.

Aprovechando un momento de distracción de su madre, salió a la calle y echó a correr a través de la nieve. De vez en cuando, volvía la cabeza como si temiera que la persiguiesen.

Llegó a la vivienda de Tomás y empujó la puerta. Allí estaba el inválido, mirando el cielo con ojos ahelantes, en espera de que amainara la tormenta para cumplir la palabra que había dado a María.

—Tomás... ¿Por qué no has venido?

El, que se había estremecido de placer al verla, se entristeció en seguida.

—No he podido, María. Varias veces lo he intentado y me ha sido imposible. No sirvo para nada... Soy un trasto viejo e inútil.

Estaba pálido de dolor y hablaba en un tono tan amargo, tan desesperado, tan lleno de renunciamento, que María sintió como si le desgarraran el corazón, aquel corazón lacerado por los pensamientos dolorosos de toda una noche y toda una mañana de espera.

Tomás había abatido la cabeza. No quería mirarla. Y, sin mirarla, le dijo:

—Tu madre tiene razón, María. He cavilado mucho esta mañana y he llegado a la conclusión de que debes seguir los consejos de tu madre. Vete. Vete y déjame. No vuelvas a visitarme. Es un peligro para los dos.

Como tenía la cabeza y la vista hajas, no pudo ver lo que en aquel momento pasó por la mirada y por el alma de María. Le miraba ella fijamente, fijamente... miraba sin pestañear aquella hermosa y doblada cabeza y el cristal de sus ojos

fué humedeciéndose, humedeciéndose, hasta que la humedad se condensó en una lágrima y la lágrima rodó por las mejillas.

Así, con las pestañas esmaltadas por aquellas gotas que semejaban de rocío, con los ojos cubiertos por un velo líquido y animados de una emoción purísima, por un amor sólo comparable al que puede sentir una madre por un hijo único, ya que ningún amor es tan glorioso y tan sublime como éste, se acercó a Tomás, le cogió con ambas manos la cabeza y la depositó sobre su pecho virginal.

—Tú has estado pensando toda la mañana para llegar a esa conclusión—dijo—y a mí me ha bastado verte ahora para comprender que mi deber y mi corazón están a tu lado. Yo también me había impuesto el sacrificio de dejarte. Mi familia lo necesitaba. Pero ahora he visto claramente que por hacer un bien a unos, haría a otro un mal. La vida de los míos mejoraría, pero tú te morirías de pena. Y yo te quiero a ti tanto como a ellos. No es sólo mi amor, pues, lo que me trae a ti. Es el deber, un deber

para mí tan sagrado como el de ayudar a los míos.

El cálido contacto de aquel pecho virginal, la conmovedoras palabras de María, la revelación dulcísima de que le amaba con amor imposible de superar, habían provocado en Tomás un especie de ensueño o de embriaguez, algo así como una divina locura.

—No, María—dijo sin convicción ninguna, débilmente—. Tu deber está al lado de los tuyos. A tu madre debes la existencia y es preciso que veles por la suya.

—Es inútil, Tomás, que trates de convencerme. Sólo a la fuerza se me podrán llevar de aquí. Mi madre me ha dado la vida, pero mi modo de ser de ahora a ti lo debo. Tú me has hecho como soy. Tú me has enseñado a ser noble, a amar, a sentir. La María de ahora te pertenece, Tomás. Dí sin miedo que te pertenezco. Dilo en voz bien alta.

Levantó él la cabeza. Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Ves, Tomás, como es inútil que tratemos de separarnos? Tú me amas. Lo sé aunque no me lo has dicho nunca. Tú me amas tan-

to como yo te amo a ti... Tomás, un día me dijiste que guardabas las piernas para una ocasión solemne. ¿No te parece que la ocasión ha llegado?

Las trémulas manos de Tomás habían ido rodeando poco a poco el talle de María. Gradualmente también, el cerco se fué estrechan-

do, estrechando... Al fin, la levantó en vilo y la depositó sobre sus rodillas.

Fué un abrazo que ni uno ni otro olvidarian jamás. Fué algo grandioso y sublime, algo infinito, sobrehumano...

Y así les sorprendió la madre de María.

XII

—Ya sabía que estarías aquí. ¿No te da vergüenza estar en brazos de un hombre cuando has de casarte con otro?

Los dos habían vuelto a la realidad súbitamente. María se había puesto en pie de un salto y Tomás tenía humillada la cabeza, como un niño sorprendido en falta.

—El comandante Wrenn te está esperando. Estoy decidida a que no pierdas esta ocasión y te casaré con él a la fuerza, ya que por las buenas no quieres hacerlo. Mi conciencia quedará bien limpia porque bien sabe Dios que no lo hago por mí... ¡bien sabe Dios que lo único

que hago es cumplir con mi deber de madre velando por el bienestar de mis hijos!...

Había dicho esto como para justificar a sus propios ojos aquel acto que su conciencia se resistía a admitir espontáneamente. Ella también era partidaria del amor por el amor. Ella también se había casado con un hombre que no era rico teniendo mejores proporciones. Pero bien lo había pagado. Aquellos años últimos de trabajo y miseria eran una demostración de que había errado en la elección de esposo.

Había cogido a María de un

brazo y la arrastró hacia la puerta, frente a la cual se hallaba el carro de la granja, con el que la madre había llegado.

Allí la detuvo una llamada angustiosa de Tomás.

—¿Ha dicho usted Wrenn?
—¿Ha dicho usted que quiere casar a María con Wrenn?

—Con el comandante Wrenn, sí señor.

—¿No haga usted eso, señora!
¿Usted sabe quién es ese hombre?

—Si pensara tomar informes no se los pediría a usted, que es un rival suyo.

Y siguió empujando a María hacia el carro, que partió seguidamente.

Tomás quiso seguirlos, pero no pudo. Continuaba nevando copiosamente. Comenzó a dar gritos, desde la puerta, pero sus voces sólo fueron escuchadas por María, que volvía la cabeza de vez en cuando...

Y llegaron a la casa. María no recordaba bien lo que sucedió a partir de entonces. Supo, sí, que Wrenn le salió al encuentro cuando llegó y que habló de partir en un tren de la tarde. Debieron de

pasar algunas horas cuando se vistió ayudada por su madre y salió con Wrenn camino de la estación. Se movía como una sonámbula. Experimentaba la absurda sensación de que su alma estaba vacía. Cuando María, más tarde, pensaba en esto, lo recordaba como un sueño remoto.

* * *

Tomás había vuelto al interior de la casa. Parecía haberse vuelto loco. Extraños pensamientos cruzaban su mente como espadazos o llamaradas. Una furia loca le poseía. Lo que antes era dolor, se había convertido en ira al saber que era Wrenn el que iba a arrebatarse a María... ¡Wrenn!... El canalla, el causante de su invalidez aquella trágica noche en que le dejó marchar a las líneas de fuego en un carro descubierto porque el automóvil blindado lo necesitaba él para divertirse. Ahora, cuando ya había cumplido, seguía mancillando el uniforme y, no contento con eso, se fingía comandante para apoderarse de María... ¡No sucedería aquello! ¡No sucedería mien-

tras a él le quedara una gota de sangre en las venas!

En un rincón estaban las muletas, las muletas que en vano había intentado utilizar varias veces. Ahora dirigió hacia ellas el cochecillo con un gesto tal de decisión, que nadie que le viera hubiera dudado de que Tomás iba a triunfar en su propósito.

Cogió las muletas y se levantó apoyándose en un mueble. Trató de dar un paso y cayó de bruces. Pero eso no era nada para el caudal de energías que había reconcentrado Tomás. Se levantó trabajosamente y reanudó el intento. Cinco minutos después, sudaba a pesar del frío intenso que hacía, pero daba hasta tres pasos seguidos. Media hora más, y podía recorrer la habitación de un extremo a otro. Media hora más, y se lanzaba valientemente a la calle. No pensaba que podía morir sepultado por la nieve. No pensaba que lo mismo que caía en la habitación caería en la carretera y que estas caídas a cielo abierto eran más peligrosas. No pensaba sino en que era preciso alcanzar a

Wrenn antes de que llegara a la estación y partiera con María.

Los primeros pasos por la nieve resbaladiza fueron una odisea. Caía y se levantaba. Sudaba y le cegaba la nieve. Pero sus brazos habían adquirido una fortaleza prodigiosa. Sus manos se afianzaban como garras a la nieve y las venas de sus muñecas se hinchaban cuando se asía a la parte alta de las muletas y levantaba a pulso todo el peso de su cuerpo... ¡Nada había que temer! ¡No se agotaría la fuerza de aquellos brazos mientras quedara una gota de sangre en sus venas!

A los cincuenta pasos ya no caía. A los cien, andaba ligeramente aunque la nieve se amontonaba a sus pies poniendo ante ellos una pesada barrera.

Llegó por fin a una eminencia desde donde divisaba la casa de María y reanudó la marcha con nuevos bríos. De pronto el estampido de un látigo le hizo levantar la cabeza y vio que Wrenn, y con él María, subían a un coche que estaba delante de la casa y éste emprendía la marcha.

Por primera vez le invadió el

desaliento y las piernas le flaquearon y cayó. Pero fué un momento nada más. En seguida se puso en pie, y con tal violencia, que una de las muletas se rompió en dos pedazos.

Pero Tomás tenía ya suficiente con una. Apoyándose en ésta, se levantó y, más que andar, corrió hacia la carretera.

Por el atajo, se dirigió a la estación. Estaba seguro de que llegaría antes que Wrenn.

* * *

Por el pueblo había corrido aquella tarde una noticia de interés. Un ex compañero de Tomás y de Wrenn en el servicio, había regresado a América después de una larga peregrinación por Europa y había contado toda la verdad sobre el caso del inválido. Refirió la cobardía de Wrenn al no querer llevar la cena a sus compañeros y su perversidad al no dejar el automóvil blindado a Tomás, el cual se brindó espontáneamente a hacer lo que él cobarde-mente había evitado.

Era lo único que faltaba saber

a los hombres honrados del pueblo para revolverse contra el fanfarrón de Wrenn. Hasta entonces sólo habían tenido sospechas de que era un malvado. Ahora lo sabían a ciencia cierta.

—Le debemos arrojar inmediatamente del pueblo—dijo uno.

Y todos se mostraron conformes.

Pero he aquí que cuando iban a hacer las diligencias necesarias para la expulsión, se enteraron de que aquella tarde se marcharía a la ciudad para, a buen seguro, no volver más por el pueblo.

—Falta que sea verdad—sugirió uno.

—Eso se puede comprobar fácilmente—declaró otro—. Vayamos esta tarde a la estación y, si no le vemos partir en ningún tren, le obligaremos a que se vaya aunque sea con el vehículo de las piernas.

Y en la estación estaban reunidos, cuando llegó Wrenn con María.

El hecho de que le acompañara la muchacha les desagradó. Todos la consideraban novia del pobre Tomás y el que se la llevara

Wrenn les parecía un nuevo acto de perversidad del ex-sargento.

—Ella no va a gusto. Eso se ve bien claramente—dijo uno.

—Lo menos que debemos hacer es enterarnos de si se trata de un rapto o de un viaje normal, consentido por María y por su madre—manifestó otro.

Y ya se dirigían hacia la pareja, cuando aconteció lo que dejó a todos estupefactos.

Tomás había lanzado un grito.

—¡María!

Y María se volvió.

Su asombro al ver que era Tomás el que la llamaba, Tomás el que había llegado hasta allí sin más ayuda que la de una muleta, fué tan grande que por un momento permaneció inmóvil, petrificada.

—¡María!—repitió Tomás.

Y esta vez vió la muchacha cómo Tomás avanzaba hacia ellos, cómo movía aquellas piernas tanto tiempo inmóviles. Andaba penosamente, arrastrando los pies, pero andaba.

Wrenn que sujetaba del brazo a María, se había detenido con ella. No le importaba que Tomás se acercase. Un hombre que andaba como andaba Tomás, no podía inspirar a nadie inquietud.

—¡Tomás!—exclamó María recobrándose, volviendo en sí de su estupor y abalanzándose sobre él con los brazos abiertos.

Pero Wrenn, de un salto se interpuso entre los dos e impidió el abrazo. Hizo retroceder a María de un empujón y se encará con Tomás.

—¿Qué has venido a hacer aquí, lisiado del demonio?

—He venido a impedir que cometas el nuevo crimen de llevarte a María.

Wrenn se echó a reír.

—¿Tú? ¿Eres tú el que vas a impedir que yo me lleve a María? Para eso te habrías de comprar unas piernas nuevas.

—¡Aparta, canalla!—dijo Tomás tratando de echarlo a un lado para dirigirse a María.

Pero Wrenn, rápidamente le dió un puñetazo en la mandíbula que hizo a Tomás perder el apoyo de la muleta y, por lo tanto, caer.

Entonces sucedió el milagro. Tendido en el suelo cuan largo era, vió Tomás cómo Wrenn arrastraba hacia el convoy a María. Ya iban a subir. El tren partiría inmediatamente.

El grupo de hombres honrados se había dividido en dos partes. Una de ellas iba hacia Tomás para auxiliarle y otra hacia Wrenn para detenerle.

Pero de nuevo se detuvieron ante un hecho inusitado e increíble.

Tomás al ver que María iba a subir al convoy, que Wrenn se la iba a llevar para perderla irremisiblemente, que todo dependía de aquel intenso y culminante minuto, apoyó sus manos en la nieve y se puso en pie. La sangre que la indignación había hecho fluir a su rostro se desparramó por todo su cuerpo y fue para sus piernas como un cálido raudal de vida.

Sintió Tomás de súbito que sus piernas estaban asistidas de una pujante vitalidad y, dando un salto de tigre, cayó sobre Wrenn.

Los dos rodaron sobre el suelo al mismo tiempo que pitaba la máquina. Wrenn se sentía dominado, aplastado. De no ser por el grupo

de hombres que habían sido espectadores de las intensas escenas no sabemos qué habría sido del rostro de Wrenn. El grupo de hombres, al oír que la máquina había pitado, que iba el tren a partir dejándoles allí al canalla, se fueron hacia los contendientes y los separaron.

Diez brazos levantaron a Wrenn en vilo y lo arrojaron al interior de un departamento en el preciso instante en que el tren había arrancado.

—¡Si estimas tus costillas, no vuelvas por este pueblo! — dijo uno.

Y el grupo entero saludó a Tomás y a María respetuosamente y, comprendiendo que allí estaba de más, regresó al pueblo.

Tomás y María se habían quedado solos, frente a frente, mirándose.

La primera en reaccionar fue ella, ella que lanzando un grito de triunfo se arrojó a los pies de Tomás, estrechándose con alma y corazón contra sus piernas; y, luego, ayudada por los brazos del amado, se encaramó hasta su rostro y lo cubrió de besos.

—¡Tomás, Tomás!... Tenías razón al decir que te reservabas las piernas para una ocasión solemne. ¡Qué dichosos vamos a ser!

El rió como un niño feliz.

—¿Te das cuenta de lo que ha sucedido? Traté de hacer de ti una muchacha nueva y tú, sin proponértelo, has hecho un hombre nuevo de mí.

* * *

La viuda de Tucker se alegró tanto como María de que sucedie-

ra lo que sucedió. En el fondo de su alma, estaba de acuerdo con su hija en que un inválido a quien se ama es preferible a un gran señor al que se detesta. ¿Qué sería ahora que Tomás no era ya un inválido?

Entonces empezó la tranquilidad para la viuda de Tucker y para sus hijitos. La mano de Tomás hizo florecer el negocio. Y María y Tomás fueron de día en día más felices. En sus almas puras y nobles había un caudal de amor inagotable.

F I N

ACONTECIMIENTO

En breve, la sensacional novela en veinte cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Lujosa presentación. Portadas a colores. Nutrido texto, con ilustraciones

*

UN CUADERNO SEMANAL, LOS JUEVES

Precio: 25 céntimos

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Destile.—Miguel Strogoff
o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.
El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.
Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de
Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juven-
tudi!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casa-
nova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan,
el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo
Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La
Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.
La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tri-
poll.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre
y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.
El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa
mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe es-
udiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La
mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de
Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El
enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Ballarina
de la Opera.—Ben-Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Míe,
payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.
Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Sin-
gapore.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El des-
pertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.
Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pue-
blo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los
cosacos.—Leones.—El conde de Montecristo.—La mujer
lígera.—Vírgenes modernas y El Pagano de Tahiti

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colec-
ción, la cual será considerada la Biblioteca más amena,
selecta e interesante.





Precio: Una peseta